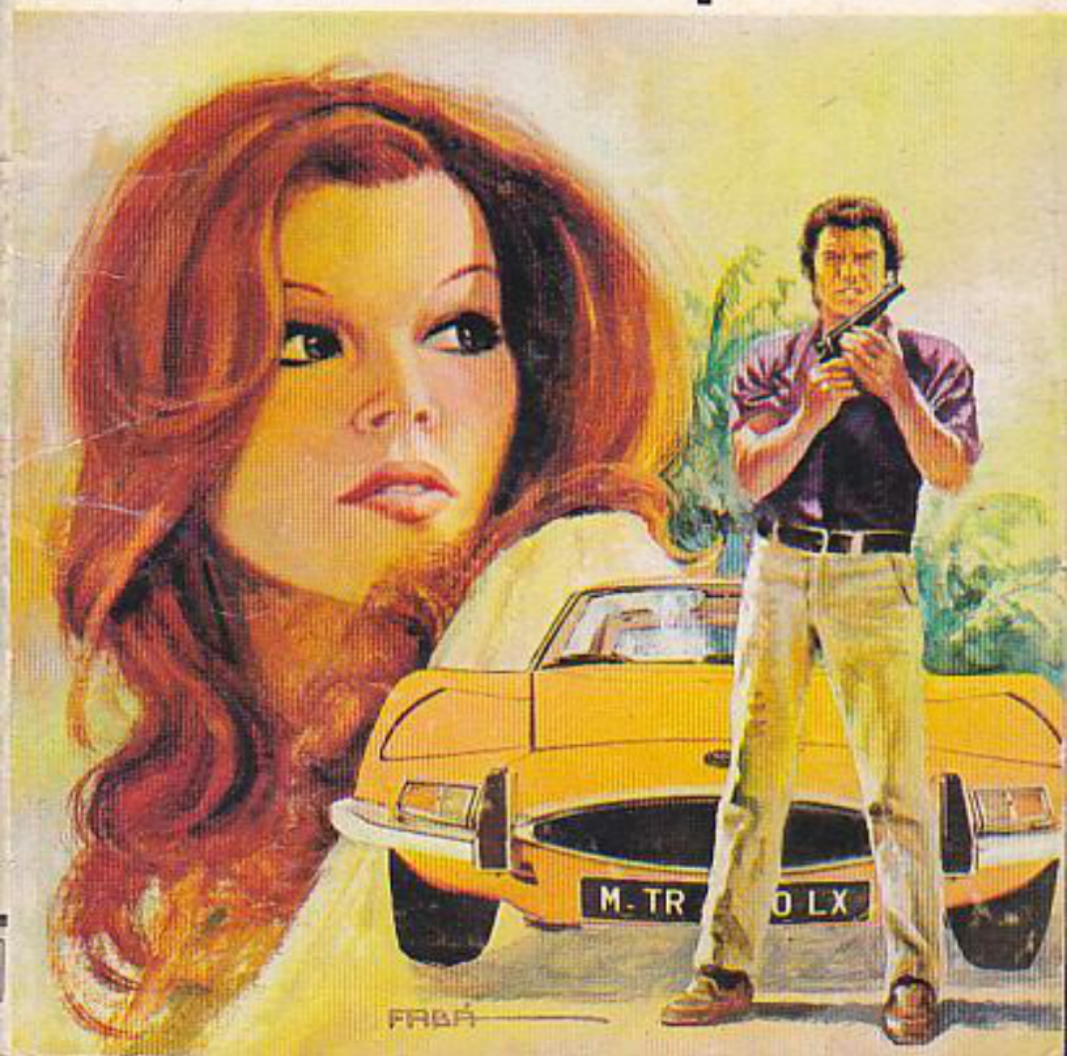


BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL CAMPEON DE BILLAR

Joseph Berna



EL CAMPEON DE BILLAR

JOSEPH BERNA

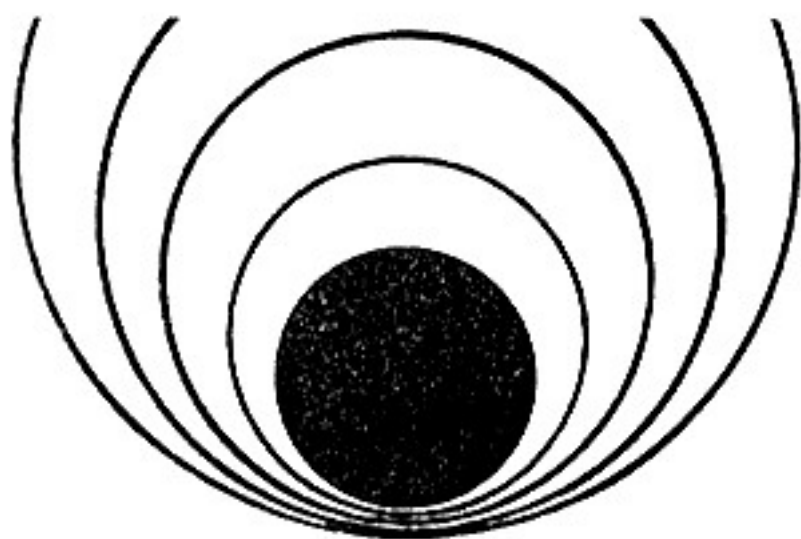


Colección PUNTO ROJO n.º 1.078

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.670 —Espía por afición.

En Colección KANSAS:

843 —La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

623 —El orgullo de los Skelton.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

546 —A punta de látigo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.075 —El asesino llama a las doce.

En Colección CALIFORNIA:

1.366 —Sentenciado.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 33.329-1982

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1982

1ª edición en América: junio, 1983

© Joseph Berna — 1982 texto

© Fabá — 1982 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrés, 5.

Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona — 1982

CAPÍTULO PRIMERO

ROCKY Darrow penetró en el Taco de Plata, la sala de billares de Charly Wilcox.

El local de Wilcox era uno de los más populares de Chicago.

Siempre había gente en él.

Y no gente selecta, precisamente.

A los billares de Wilcox acudían camorristas, chulos, matones, prostitutas, drogadictos, carteristas...

La flor y nata de Chicago, vamos.

Rocky Darrow sabía la clase de gentuza qué solía frecuentar El Taco de Plata, pero no le importaba. En aquel local tenía la posibilidad de ganarse unos dólares, jugando al billar, y eso era lo que importaba.

Rocky era un magnífico jugador.

Hacía verdaderas diabluras con el taco, enviando las bolas justo donde quería.

Rocky era todo un campeón.

Tenía veintiséis años, el pelo oscuro, y las facciones correctas. Tiraba más a alto que a lo otro, y aunque era de complexión más bien delgada, había sabido desarrollar sus músculos y perdía pocas peleas.

Menos aún que partidas de billar.

Rocky vestía unos tejanos azules, una camiseta amarilla, y una cazadora negra, de cuero, que llevaba abierta de par en par. Calzaba botas, y la hebilla de su ancho cinturón, muy artística, llamaba poderosamente la atención.

El ambiente de El Taco de Plata estaba muy cargado aquella noche.

Olía a tabaco, a whisky, a sudor...

Claro que eso no era una novedad.

La mayoría de las noches reinaba una atmosfera así en el local de Charly Wilcox. Densa, viciada, maloliente...

Un asco, vamos.

Pero Rocky Darrow ya se había acostumbrado a respirarla, así que se adentró en la sala, en dirección al bar, que estaba atendido por el propio Charly Wilcox, un individuo alto y corpulento, de treinta y cinco años de edad, aunque aparentaba algunos más, por culpa de su prematura calvicie.

Rocky se sentó en un taburete.

—Hola, Charly.

—¿Qué tal, Rocky?

—Dame una cerveza, ¿quieres?

—Enseguida.

Mientras Wilcox le servía la cerveza, Rocky se fijó en las dos chicas que, como él, ocupaban sendos taburetes frente al bar de la sala de billares.

No las conocía, pero eran fulanas, eso saltaba a la vista.

Piernas al aire, senos generosamente exhibidos, sonrisa sensual, mirada atrevida... Wilcox dejó la cerveza sobre el mostrador.

—Aquí tienes, Rocky.

—Gracias, Charly.

El dueño de los billares le guiñó el ojo.

—¿Te gustan, campeón? —preguntó, refiriéndose a las chicas.

—Sí, no están mal —sonrió Rocky.

—Son nuevas.

—¿En la profesión o en tu local?

Charly Wilcox rió fuerte.

—Eso ha tenido gracia, Rocky.

El joven bebió un trago de cerveza.

Wilcox sugirió:

—¿Quieres que te las presente, Rocky?

—Bueno.

—La rubia se llama Agatha, y la pelirroja, Fedra. Chicas, éste es Rocky Darrow, el rey del taco. Del taco de billar, se entiende. No vayáis a pensar que se pasa el día escupiendo palabrotas —aclaró el dueño del local, y rió sus propias palabras.

Las fulanas rieron también.

—Me alegro de conocerte, Rocky —dijo Agatha. —También yo —habló Fedra.

—Lo mismo digo, preciosas —repuso Darrow.

—Si quieres algo de nosotras, ya sabes —se ofreció la rubia.

—No tienes más que decirlo —añadió la pelirroja.

—¿Sois caras o baratas? —preguntó Rocky. —Cobramos lo justo —respondió Agatha.

—Y si el cliente nos resulta simpático, le hacemos una rebajita —informó Fedra.

—Vaya, eso está bien —sonrió Darrow.

—Tú eres simpático, Rocky —dijo Agatha.

—¿De veras?

—Sí, muy simpático —habló Fedra.

Charly Wilcox rió y exclamó:

—¡Se te quieren llevar a la cama, campeón!

Rocky Darrow iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que tres individuos venían directos hacia el bar. Uno de los tipos era negro, alto y fuerte, y lucía un llamativo chaleco.

Fue precisamente el negro quien se dirigió a Darrow.

—Tú eres Rocky, ¿verdad?

—Sí, ése es mi nombre.

—Hemos oído que eres muy bueno con el taco.

—No se me da mal, es cierto.

—A mí tampoco.

—¿Me estás retando a una partida?

—Sí, me gustaría medirme contigo. Y ganarte, por supuesto.

—¿Cuánto nos jugamos?

—¿Qué te parece cincuenta pavos?

—Mejor cien.

El negro sonrió.

—De acuerdo, Darrow. Vamos a echar esa partida.

Rocky se bajó del taburete.

—Luego hablaremos, chicas —dijo a las prostitutas.

—Suerte, Rocky —deseó la rubia Agatha.

—Sí, queremos que ganes —dijo la pelirroja Fedra.

—Gracias, preciosas.

Rocky se acercó a una mesa libre, acompañado del negro y los dos amigos de éste. Para jugar con más comodidad, Rocky se despojó de la cazadora y la colgó en una percha.

El negro ya estaba eligiendo un taco.

Rocky eligió otro, cogió la tiza, y la pasó por el extremo del taco.

El negro hizo lo propio con el suyo.

Poco después, daba comienzo la partida.

El tipo de color era realmente bueno con el taco, pero Rocky Darrow era mejor aún, y le venció con claridad.

Al negro no pareció sentarle muy bien la derrota, y también sus dos amigos denotaron contrariedad.

Rocky puso la mano.

—Mis cien dólares, compañero.

—No vayas tan deprisa, Darrow.

—He ganado, ¿no?

—Vamos a echar otra partida.

—Quieres la revancha, ¿eh?

—Así es.

—Muy bien, te la daré con mucho gusto. Pero, antes, escupe los

cien pavos.

—Tendrás que escupirlos tú, porque ahora vamos a apostar doscientos dólares, y pienso ganarte.

—Si no es así, y vuelvo a ganar yo, me deberás trescientos dólares, amigo. ¿Los tienes...?

—Y más, también.

—¿Te importaría enseñármelos?

El gesto del negro se tornó amenazante.

—¿No te basta con mi palabra?

—No, lo siento. Si quieres que juguemos otra partida, tendrás que mostrarme tu capital. El negro apretó los puños.

—Por menos de eso le he roto la cara a más de uno, Darrow.

—¿Qué es lo que quieres, jugar al billar o pelear? —preguntó Rocky, sin dejarse impresionar por la fortaleza física del tipo de color.

El negro, tras unos segundos de vacilación, se llevó bruscamente la mano al bolsillo del pantalón y extrajo unos cuantos billetes doblados.

—¿Sabes cuánto hay aquí, Darrow? —barbotó.

—Dímelo tú, moreno.

—¡Más de setecientos dólares!

Rocky sonrió y dijo:

—Revancha concedida, amigo.

Empezaron la segunda partida.

El negro volvió a demostrar que era un excelente jugador de billar, pero tampoco esta vez pudo con Rocky Darrow, quien se anotó su segunda victoria consecutiva.

Rocky puso nuevamente la mano.

—Mis trescientos pavos, compañero.

El negro, visiblemente furioso, dijo:

—A la tercera va la vencida, Darrow.

—¿Quieres que echemos otra partida...?

—Sí.

—¿Y que apostemos cuánto?

—Trescientos dólares.

—Si te gano, me tendrás que dar seiscientos...

—Procuraré ganar yo, y quedaremos en paz.

—De acuerdo, vamos con la tercera partida —accedió Rocky, y preparó su taco.

El negro preparó también el suyo.

Mientras frotaba el extremo con la tiza, miró a sus dos amigos.

Estos entendieron.

El negro, convencido ya de la superioridad de Rocky Darrow, les

pedía que interviniesen y provocasen a su difícil rival, porque era la única manera de salvar los seiscientos dólares que tendría que entregar a Rocky, si éste le vencía de nuevo.

Capítulo II

LA tercera partida había comenzado ya, y Rocky Darrow estaba haciendo nuevamente auténticas filigranas con el taco, para desesperación de su rival, que sentía deseos de morder el extremo del suyo.

Los dos amigos del negro se prepararon para intervenir, pues estaba claro como el agua que Rocky Darrow conseguiría su tercera victoria si ellos no lo impedían.

El más bajo de los dos, que tenía cara de roedor, tocó con disimulo el extremo grueso del taco de Rocky, justo en el instante en que el joven se disponía a golpear la bola, y le hizo fallar la jugada.

El negro no pudo reprimir un grito de alegría.

—¡Fallaste, campeón!

Rocky se irguió con brusquedad y se volvió hacia los amigos del tipo de color.

—¿Quién ha sido? —masculló.

—¿Qué? —preguntó el sujeto que había provocado el fallo de Rocky.

—Uno de vosotros tocó mi taco y me hizo fallar.

—No digas tonterías, Rocky —rezongó el otro individuo, que tenía la nariz muy larga y las orejas grandes y despegadas.

—¿Fuiste tú, cara de elefante?

El insulto hizo que el rostro del tipo se congestionara.

—¿Lo de «cara de elefante» va conmigo? —preguntó, con voz ronca.

—No puede ir con tu compañero, porque él tiene cara de rata —aclaró Darrow, que seguía furioso.

El sujeto que tenía cara de roedor se congestionó también.

—¡Te vamos a dar una lección, Rocky! —rugió, y atacó al campeón de billar.

Darrow burló hábilmente el puño del tipo, y le golpeó en el estómago con el extremo grueso del taco.

Cara de Rata se dobló, dando un rugido de dolor, y se llevó las manos a la zona castigada.

Fue un error.

Debió llevarse las manos a la cabeza, para protegérsela, porque sobre ella descendía ya el taco de billar.

El impacto, muy duro, hizo que el tipo se desplomara y quedara tendido en el suelo, sin conocimiento.

Cara de Elefante entró en acción.

Rocky lo vio lanzarse sobre él, y se apartó de un salto.

El tipo se estrelló contra la mesa de billar y quedó momentáneamente acostado sobre ella.

Rocky le atizó con el taco, en toda la espalda.

Cara de Elefante bramó.

Al verle con la boca abierta de par en par, Rocky no pudo resistir la tentación de coger una de las bolas y metérsela en la boca.

Le entró muy ajustada.

Tan ajustada, que le aflojó un par de dientes.

El tipo dilató los ojos, asustado, pues sospechaba que le iba a costar horrores extraer la bola de billar de la boca.

De momento, ni siquiera pudo intentarlo, porque Rocky le cascó de nuevo con el taco, ahora en todo el cráneo, y Cara de Elefante se derrumbó sin sentido.

Pero quedaba el negro, que era el más fornido de los tres.

Y el más peligroso, según se vio enseguida.

No atacó a Rocky con los puños.

Prefirió hacerlo con una navaja.

La había extraído con rapidez del bolsillo trasero de su pantalón.

Era de resorte.

El negro lo accionó y la hoja de acero surgió en el acto, emitiendo fugaces destellos. Rocky se preparó para defenderse del ataque del moreno.

Seguía teniendo el taco de billar en las manos, y ya había demostrado que sabía utilizarlo muy bien como cachiporra.

El negro sonrió fieramente, mostrando sus blancos dientes.

—Vas a saber quién soy yo, campeón.

—Ya lo he adivinado, moreno.

—¿De veras?

—Sí, en cuanto sacaste la navaja.

—¿Quién soy?

—El negro que tenía el «arma» blanca.

El tipo soltó un rugido.

—¡Eso es un chiste!

—¿No te ha hecho gracia, moreno?

—¡Ninguna! —ladró el negro, y le soltó un navajazo al vientre.

Rocky dio un gran salto hacia atrás, y la destellante hoja sólo pinchó el aire.

—Te has empeñado en verme las tripas, ¿eh?

—¡Te las voy a desgarrar, bastardo!

—Cuidado, no sea que veas las estrellas en vez de mis tripas.

—¡Toma esto, campeón! —rugió el negro, enviándole otro feroz navajazo.

Rocky volvió a saltar, pero esta vez lo hizo hacia su izquierda.

La navaja pasó muy cerca de su costado, pero ni siquiera llegó a rozarle la camiseta. Antes de que el negro pudiera retirar el brazo, Rocky le descargó el taco, golpeándole un poco más arriba del codo.

El tipo lanzó un aullido de dolor y soltó la navaja.

Rocky le zurró de nuevo con el taco, ahora en la rodilla derecha.

El negro dio otro aullido y encogió la pierna, sosteniéndose únicamente con la izquierda. Pero no fue por mucho tiempo, porque Rocky proyectó el taco de billar sobre su pie izquierdo y le machacó los dedos.

Y se vino abajo, claro.

Rocky enarboló el taco y lo dejó caer sobre la testa del tipo.

Se escuchó un sonoro chasquido, y el negro dejó de quejarse.

Había perdido el conocimiento.

* * *

Rocky Darrow dejó el taco sobre la mesa de billar. Ya no lo necesitaba.

Lo que sí necesitaba eran los seiscientos dólares que el negro le debía. Se los había ganado limpiamente, y no estaba dispuesto a perdonárselos.

Rocky se inclinó sobre él, le metió la mano en el bolsillo, y extrajo el dinero. Separó seiscientos dólares, y el resto lo volvió a meter en el bolsillo del tipo.

Después, se irguió, se guardó los seiscientos dólares, se colocó la cazadora, y caminó tranquilamente hacia el bar.

En el local se había hecho el silencio más absoluto.

Todos miraban a Rocky Darrow, pero nadie decía nada.

En los ojos de algunos, había admiración.

En otros, envidia.

Y hasta había quien sentía odio hacia Rocky Darrow.

El joven, sin fijarse en nadie, alcanzó el bar.

—Les has dado una buena lección a esos tipos, Rocky —dijo Charly Wilcox —Se la merecían.

—Cuando despierten, querrán vengarse.

—Ya no estaré aquí, no temas. Cóbrate la cerveza, Charly. Y cóbrate también lo que están bebiendo las chicas. Me desearon suerte,

y como he ganado seiscientos dólares, merecen que las invite.

—Muy bien —sonrió el dueño de los billares.

Las profesionales del amor se bajaron de sus respectivos taburetes y se cogieron de los brazos de Rocky.

—Muchas gracias, cariño —dijo la rubia Agatha.

—Vas a llevarnos contigo, ¿verdad? —preguntó la pelirroja Fedra.

Darrow compuso una mueca.

—Me temo que no va a poder ser, guapas.

—¿Por qué? —preguntó Agatha.

—Tienes seiscientos dólares más que antes, Rocky —recordó Fedra.

Los necesito.

—¿Tienes deudas, Rocky? —preguntó Agatha.

—No, pero estoy en plan de ahorro.

—¿Para qué estás ahorrando? —inquirió Fedra.

—Para montar mi propio taller.

—¿Taller de qué? —quiso saber la rubia Agatha.

—De reparación de automóviles.

Charly Wilcox explicó:

—Rocky es mecánico, preciosas.

—Caramba, un mecánico —exclamó la pelirroja Fedra.

—Así es —sonrió Darrow—, Actualmente trabajo en un pequeño taller, pero estoy empeñado en tener uno propio. Me gusta la mecánica, y se me da bastante bien.

—No tan bien como el biliar, Rocky —dijo Wilcox.

—El billar es una afición, Charly.

—También puede ser una profesión,

Darrow movió la cabeza negativamente.

—No me gustaría, Charly. Prefiero la mecánica.

—Estoy seguro de que ganarías más dinero con el billar, desafiando a los buenos jugadores, que arreglando coches —repuso Wilcox—. Ya has visto esta noche. En un rato has ganado seiscientos pavos.

—También he podido ganar un par de navajazos en el vientre —recordó el joven.

Wilcox no replicó.

Darrow se soltó de las prostitutas.

—Lo siento, chicas. Ya lo pasaremos bien cuando sea dueño de un taller, ¿de acuerdo?

—Podríamos hacerte un precio muy especial, Rocky —dijo Agatha, poniéndole la mano en el hombro—. ¿No es cierto, Fedra?

—¡Y tan especial! —asintió la pelirroja.

—Os lo agradezco de veras, preciosas, pero no quiero perjudicar vuestros intereses. Tenéis un precio y...

—No se hable más, Rocky —le interrumpió Agatha, cogiéndole nuevamente del brazo—. Vamos a divertirnos los tres juntos esta noche, y si no puedes pagarnos, nos arreglarás el coche gratis cuando poseas tu propio taller.

—¡Excelente idea! —exclamó Fedra, cogiéndose del otro brazo de Rocky.

Se lo llevaron entre las dos hacia la puerta.

—¡Menuda nohecita te espera, campeón! —exclamó Charly Wilcox, y rompió a reír con fuerza.

Capítulo III

GOPHER Jaeckel, el propietario del taller de reparaciones de automóviles en donde trabajaba Rocky Darroz, era un tipo de mediana edad, bajo de estatura y metido en carnes. Tenía la cabeza redonda y los mofletes colorados, por lo que Rocky solía llamarle Cara de Sandía.

Con el pensamiento, claro.

O cuando Gopher no se hallaba presente.

De otro modo, Rocky estaría ya en la calle, porque Gopher Jaeckel tenía muy malas pulgas.

Aquella mañana, Gopher estaba furioso.

El taller abría sus puertas a las ocho, pero pasaban ya quince minutos de esa hora y Rocky Darroz seguía sin aparecer.

Gopher pensaba echarle una buena bronca cuando llegara, pues no era la primera vez que Rocky se retrasaba.

Justo a las ocho y veinte minutos, el campeón de billar entró corriendo en el taller.

—¡Buenos días, señor Jaeckel! —dijo, con el resuello casi perdido.

—¡Hombre, por fin apareciste! —rugió Gopher, ejecutándolo con la mirada.

El joven carraspeó nerviosamente.

—Siento haberme retrasado, señor Jaeckel, pero es que...

Gopher dio una furiosa patada en el suelo.

—¡No me vengas con excusas, Rocky! ¡Sé muy bien por qué llegas tarde por las mañanas!

—No suele suceder a menudo, señor Jaeckel.

—¡Con demasiada frecuencia, Rocky! ¡Acudes por las noches a los billares, te acuestas tarde, y por las mañanas se te pegan las sábanas!

—Es la única afición que tengo, señor Jaeckel.

—¡Lo tuyo no es una afición, es un vicio! ¡No juegas por divertirte, sino por dinero! —reprochó Gopher.

—Unos ingresos extra, nunca vienen mal, señor Jaeckel —carraspeó de nuevo Darroz.

—¡Tú no los necesitas, Rocky! ¡Te pago un buen sueldo!

—La vida está muy cara, señor Jaeckel.

—¡Para cara, la tuya!

—¿Qué le pasa a mi cara? —Rocky se la tocó.

—¡Que la tienes de cemento!

El joven sonrió.

—Usted y su sentido del humor, señor Jaeckel.

—¡Ni sentido del humor ni cuernos!

—Vaya, ya nos hemos pasado a la tauromaquia.

—¿Que nos hemos pasado a qué...?

—¿No dijo usted «cuernos», señor Jaeckel? —tosió Darrow, conteniendo a duras penas la risa.

Gopher soltó un bufido.

—¡Corre a cambiarte y ponte a trabajar, maldita sea! ¡Son ya la ocho y media!

—Me cambio en un minuto, señor Jaeckel.

—¡Y recuperarás esta media hora al mediodía, ya lo sabes!

—Sí, señor Jaeckel.

—¡Y como llegues tarde otra vez, te despido!

—No le conviene, señor Jaeckel. Soy un buen mecánico.

—¡Los hay mejores que tú!

—No muchos, y usted lo sabe. Yo tengo una pupila fenomenal para esto de los motores. En cuanto le pongo la vista encima a uno, sé lo que le duele.

Gopher levantó el puño.

—¿Sabes lo que te va a doler a ti, como sigas delante de mí?

—¡Ya me esfumo, señor Jaeckel! —exclamó Rocky, y se disparó hacia el cuarto donde solía cambiarse de ropa.

Allí se lo quitó todo, excepto el slip, y se colocó su mono de mecánico y unas zapatillas.

Lo hizo en un tiempo récord.

Después, salió del cuarto y corrió hacia el foso, sobre el que se veía un Chevrolet azul. Rocky había estado trabajando con él todo el día anterior, pero aún quedaba tarea.

—¡Ese coche tiene que estar listo antes del medio día, Rocky! —advirtió Gopher.

—Lo estará, no se preocupe —aseguró el joven

—Bien, yo tengo que salir —gruñó Gopher—, Volveré dentro de un par de horas.

—Aquí estaré, señor Gopher.

—¡Por supuesto que estarás! —ladró el dueño de taller, y se marchó, con los mofletes más colorado que de costumbre.

* * *

Rocky Darrow llevaba ya un buen rato en el foso trabajando con el

Chevrolet azul. Mientras lo hacía, pensaba en Agatha y en Fedra, las dos prostitutas que tan desinteresadamente se ofrecieron a pasar la noche con él.

Y qué noche...

Por eso había llegado tarde al trabajo aquella mañana.

Rocky estaba hecho polvo, pero no lo lamentaba, porque había disfrutado como nunca. Agatha y Fedra eran dos hembras de campeonato, guapas, cariñosas, ardientes, audaces...

Y no le habían costado un céntimo.

Ni siquiera aceptaron una propina.

Eran dos chicas estupendas.

También la que acababa de entrar en el taller lo era, aunque Rocky, por el momento, sólo podía verle las piernas por el hueco que quedaba entre el foso y el piso del Chevrolet.

Unas piernas fenomenales, por cierto.

Largas, finas, armoniosas...

Rocky había dejado de trabajar claro.

Unas piernas tan maravillosas como aquellas merecían toda su atención.

La chica, que tenía el cabello muy rubio y los ojos azulados, no había descubierto todavía a Rocky. Vestía una falda abierta y una fina blusa, que permitía vislumbrar el breve sujetador. Aparentaba unos veintidós años de edad.

—¿No hay nadie aquí...? —preguntó, adentrándose más en el taller.

Casualmente, se detuvo junto al foso.

Rocky no pudo resistir la tentación de asomar la cabeza por el hueco y mirar hacia arriba.

Por debajo de la falda de la chica, claro.

Sus pantaloncitos, muy breves también, dejaban al descubierto buena parte de sus preciosas nalgas, redondas y prietas, y Rocky no pudo evitar que se le escapara un silbido de admiración.

La muchacha le oyó, se volvió, y lo sorprendió mirando hacia arriba.

—¿Qué, observando las alturas...? —preguntó con ironía.

Rocky carraspeó.

—Cuando estoy metido en el foso, tengo forzosamente que mirar hacia arriba, o no vería el coche que estoy reparando —explicó.

—No estaba mirando el coche, estaba mirando mis piernas.

—Bueno, se puso usted tan cerca, que...

—Menos mal que llevo ropa interior, porque si no me hubiera visto hasta el ombligo.

—Hombre, tanto como eso... —tosió el campeón de billar.

—¿Cómo se llama?

—Rocky Darrow, para servirle.

—¿Es usted el dueño de esto?

—No, sólo soy un empleado. El propietario del taller se llama Gopher Jaeckel.

—Quiero hablar con él.

—Me temo que no podrá ser. Salió hace un rato, y aún tardará en volver.

—Qué contrariedad.

—¿Tiene algún problema, señorita?

—Mi coche los tiene.

—Se le ha averiado, ¿eh?

—Sí, muy cerca de aquí. Se ha parado, y no hay manera de que arranque.

—Le echaré un vistazo.

—Se lo agradecería mucho.

Rocky salió del foso, cogió un trapo, y se limpió las manos.

—No me ha dicho su nombre.

—Me llamo Sharon; Sharon Curtis.

—¿Y cómo se llama su coche?

—Es un Ford.

—¿Nuevo?

—Relativamente.

—Dijo que se le paró cerca de aquí, ¿no?

—En la misma esquina.

—Vamos para allá.

Salieron los dos del taller y caminaron hacia la esquina.

—Ahí lo tiene —dijo la joven, señalándolo.

—Veamos qué le pasa —dijo Rocky, levantando la tapa del motor.
Le echó una larga ojeada, en silencio.

Después, murmuró:

—Creo que ya sé lo que le ocurre.

—¿Es una avería seria? —preguntó Sharon.

—No, no se preocupe. Un par de horas de trabajo, a lo sumo.

—Entonces, sobre las once estará listo.

—Si me pusiera a trabajar en él inmediatamente, así sería, pero no podré ocuparme de su Ford hasta la tarde.

—¿Por qué?

—Tengo que acabar de reparar el Chevrolet que vio sobre el foso.
Y eso me llevará toda la mañana.

Sharon Curtis se mordió los labios.

—¿No puede dejar el Chevrolet para la tarde, Rocky?

—No, lo siento.

—Necesito el coche esta mañana.

—Le repito que lo siento, pero...

La muchacha abrió su bolso y tomó un billete de veinte dólares.

—Eso es para usted si se ocupa de mi coche enseguida, Rocky.

Darrow meneó la cabeza.

—Me gustaría complacerla, créame, pero si dejo el Chevrolet el jefe es capaz de despedirme.

Sharon cogió otro billete, también de veinte dólares.

—Le daré cuarenta dólares, Rocky.

—No.

—¿Quiere más?

—No podría ocuparme de su Ford ni aunque me ofreciera quinientos dólares, se lo aseguro.

—No le tienta el dinero, ¿eh?

—Me tientas más otras cosas.

—¿Como por ejemplo...?

—Las chicas bonitas.

—Ande, propóngamelo ya.

—¿El qué?

—Que me acueste con usted, a cambio de ocuparse inmediatamente de mi Ford.

—¿Aceptaría?

—No. Y le daría una bofetada.

Rocky sonrió.

—Tranquila, no pienso proponerle semejante cosa. Me conformaré con mucho menos.

—¿De veras?

—Prométame que cenaremos juntos esta noche, y le arreglo el coche ahora mismo.

—¿Sólo cenar?

—Sí, me conformo con eso.

—De acuerdo, prometido. Pero no espere obtener nada más de mí, ¿eh?

—Bueno, la esperanza es lo último que se pierde, Sharon.

—Venga, póngase a trabajar en mi coche, so fresco.

Rocky rió, se inclinó sobre el motor del Ford, tocó unos cables y dijo:

—Ya está, preciosa.

—¿Qué es lo que ya está?

—El coche está arreglado.

—¡No es posible!

—Prueba y verás.

Sharon se introdujo en el Ford y accionó la llave de contacto.

El motor se puso en marcha enseguida.

—¡Funciona! —exclamó, sin poderlo creer.

Rocky se asomó por la ventanilla.

—La avería era una tontería, pero me gustas y quiero que seamos amigos. Por eso me hice de rogar.

—Eres un maldito zorro, Rocky.

—¿Dónde y a qué hora nos vemos esta noche, Sharon...?

Capítulo IV

BERNIE Mason, el fornido negro que la noche pasada retara a Rocky Darrow, creyendo ser mejor jugador de billar que éste, entró en El Taco de Plata, acompañado de Michael North y Andy Blondell, sus inseparables amigos.

Michael era el de la nariz larga y las orejas grandes y despegadas, y Andy, el que tenía cara de roedor. Al primero le seguía doliendo la espalda, y tenía un enorme chichón en el cráneo, que también le dolía lo suyo, aunque lo peor de todo era la extraña sensación que tenía en la boca desde que Rocky le incrustara una bola de billar en ella.

Le costó una barbaridad sacarla, cuando se despertó, y como estuvo muchos minutos con la bola metida en la boca, sus mandíbulas parecían haberse desencajado un poco, y no podía cerrarlas y abrirlas con la misma naturalidad de antes.

De vez en cuando, Michael se llevaba la mano a la boca y buscaba dentro de ella, como si todavía tuviera la bola de billar encajada allí, aplastándole la lengua.

Los dientes también le dolían, claro, porque padecieron mucho mientras él pugnaba por extraer la bola de billar, lo que seguramente no hubiera conseguido sin la ayuda de Bernie y Andy.

Andy también luda un hermoso chichón en la testa, y sentía dolor en la pared del estómago, que fue donde primero le golpeó Rocky con el extremo grueso del taco.

El que peor librado salió, sin embargo, fue Bernie.

El negro tenía una fuerte contusión en el brazo derecho, justo encima del codo, la rodilla derecha muy hinchada, y los dedos de su pie izquierdo medio triturados, amén del correspondiente chichón en la cabeza, consecuencia del golpe de taco final, el que le dejara sin sentido.

Bernie, Michael y Andy estaban deseando vengarse, y con ese propósito habían acudido a los billares de Charly Wilcox.

El propietario del local, en cuanto los vio entrar, adivinó que venían en busca de Rocky Darrow, y se alegró de que éste no se encontrara en la sala.

El negro y sus compinches, tras haber echado una ojeada al local, se acercaron al bar. Bernie, que cojeaba sensiblemente, preguntó:

—¿Ha venido el bastardo de Rocky por aquí, Charly?

—No.

—¿Dijo si vendría esta noche?

—No.

—¿Y las fulanas que se fueron con él? ¿Tampoco han estado por aquí?

—No.

—Está bien. Le esperaremos.

Bernie, Michael y Andy fueron hacia una de las mesas de billar, y se pusieron a jugar.

Tan sólo unos minutos después, aparecían Agatha y Fedra.

Con andares provocativos, como requería su profesión, avanzaron hacia el bar.

—Ahí están esas dos fulanas, Bernie —dijo Andy, que fue el primero en descubrirlas.

El negro las buscó con la mirada.

—¡Eh, vosotras! —las llamó.

Las prostitutas se detuvieron y miraron hacia la mesa en la que usaban los tipos que pelearon con Rocky Darrow.

—¡Acercaos! —pidió Bernie.

Agatha y Fedra obedecieron.

—¿Queréis algo de nosotras, guapos? —preguntó la rubia.

—Sabemos que anoche os fuisteis las dos con ese hijo de perra de Rocky —masculló el negro.

—Nos fuimos con él, es cierto —admitió la pelirroja.

—¿Vendrá esta noche?

—NO —respondió Agatha.

—¿Cómo lo sabéis?

—Se lo preguntamos, y Rocky dijo que no vendría esta noche. Ni mañana. Ni al otro.

—Sí, tardará algunos días en venir por aquí —añadió Fedra.

Bernie apretó las mandíbulas.

—Nos tiene miedo, ¿eh?

—Es posible —sonrió Agatha, pero lo hizo con ironía«

—¿Lo pasasteis bien con Rocky, preciosas? —preguntó el negro.

—Oh, sí, muy bien —respondió Fedra.

—Con nosotros lo pasaréis mejor.

—¿Es una proposición...? —preguntó Agatha.

—Sí.

—Os costará cincuenta dólares a cada uno.

—¿No es demasiado...?

—Es nuestra tarifa, guapos. ¿Lo tomáis o lo dejáis? —preguntó Fedra.

—De acuerdo, cincuenta pavos por cabeza —rezongó el negro.

* * *

Bernie. Michael y Andy llevaron a las prostitutas a su cubil, una especie de pequeño almacén abandonado.

A las chicas no les gustó nada el lugar, pero no protestaron.

Lo que querían era acabar cuanto antes y largarse.

Bernie sonrió e indicó:

—Podéis empezar a desnudaros, preciosas.

—Antes, soltad los ciento cincuenta pavos —exigió la rubia Agatha, poniendo la mano.

—¿También el bastardo de Rocky pagó por adelantado?

—Claro, como todos. Es la costumbre, ¿verdad, Fedra?

—Desde luego —asintió la pelirroja.

—Con nosotros vais a hacer una excepción, hermosas. Cobraréis después.

—Ni hablar. Si no hay dinero antes, no habrá sesión de placer —dijo Agatha.

—Nosotras no hacemos excepciones con nadie —agregó Fedra.

Bernie se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo su navaja, cuyo resorte accionó, haciendo brotar la fulgurante hoja de acero.

Las prostituías retrocedieron, asustadas.

Michael y Andy cubrieron la puerta del almacén, para que las chicas no pudieran escapar.

Bernie, con una fría sonrisa en los labios, preguntó:

—¿No queréis reconsiderar vuestra postura, guapas...?

—¿Para qué nos habéis traído aquí? ¿Qué es lo que pretendéis? —interrogó Agatha. —Queremos pasarlo bien con vosotras. Solamente eso —respondió el negro.

—Gratis, ¿verdad? —adivinó Fedra.

—El malnacido de Rocky nos robó casi todo el dinero; no podemos pagaros.

—Vosotros sí que sois unos malnacidos —rezongó la pelirroja.

Bernie le soltó un revés y la tiró al suelo.

—¡Salvaje! —gritó Agatha.

El negro la abofeteó también con dureza.

La rubia chilló y cayó al suelo, como su compañera.

Bernie las apuntó con su navaja y advirtió:

—Otro insulto más, y empiezo a pincharos con esto.

Las prostitutas, atemorizadas, se mantuvieron calladas.

—¡Fuera toda la ropa, rápido! —ordenó el negro—. ¡Quiero veros a las dos en cueros vivos!

Agatha y Fedra empezaron a desnudarse.

* * *

Bernie, Michael y Andy se habían divertido ya con las dos profesionales del amor, a las que habían humillado, sometiéndolas a sus más bajos deseos.

Agatha y Fedra, siempre bajo la amenaza del negro, no pudieron negarse a nada, pues estaban convencidas de que Bernie no dudaría en pincharlas con ella si no accedían a satisfacer todos sus caprichos, por muy humillantes que fueran.

Lo peor, sin embargo, estaba por llegar.

Las prostitutas pensaban que, ahora que los tipos habían saciado ya suficientemente sus sucios deseos, les permitirían vestirse y las dejarían marchar.

Pero no.

Bernie les tenía reservado el número final.

Un número violento.

Cruel.

Terrible...

Agatha y Fedra empezaron a sospechar lo que les aguardaba cuando vieron que el negro se quitaba la correa del pantalón y la empuñaba a modo de látigo.

—¡No, eso no! —chilló Agatha.

—¡No nos golpees con la correa, por favor! —suplicó Fedra.

—Deseasteis suerte al bastardo de Rocky —masculló Bernie—, Queríais que me ganase al billar. Y me ganó. Después, se divirtió con vosotras con nuestro dinero. Por eso os hemos traído aquí. Nos hemos divertido con vosotras, gratis, y ahora voy a marcaros el cuerpo con mi correa, para que el hijo de perra de Rocky no pueda volver a gozar de vosotras en bastantes días.

El negro descargó su correa sobre los muslos de Agatha.

La rubia aulló de dolor.

Bernie descargó de nuevo la correa, ahora sobre el pecho de Fedra.

La pelirroja emitió un alarido estremecedor.

Bernie, lejos de ablandarse, siguió soltando correazos, que fueron dejando sus señales terribles en los cuerpos desnudos de las prostitutas, que acabaron desvaneciéndose, incapaces de soportar tanto dolor y tanto sufrimiento.

Capítulo V

ROCKY Darrow acudió puntual al lugar en donde había quedado citado con Sharon Curtis. Había sustituido sus tejanos azules por un pantalón claro, su camiseta amarilla por una camisa de cuello abierto, azul pálido, y su cazadora de cuero por una americana que le quedaba que ni confeccionada a la medida. También había sustituido sus botas por un par de magníficos zapatos.

El campeón de billar quería causar una buena impresión a la atractiva Sharon, aunque la verdad es que no estaba demasiado seguro de que la muchacha acudiese a la cita, pues pareció molestarse bastante cuando él le dijera que la avería de su Ford era cuestión de un par de horas, ya que en realidad era sólo cuestión de minutos, pues no había más que conectar unos cables que se habían soltado.

A pesar de ello, la joven accedió a cenar con Rocky y eligió un lugar y una hora para verse, antes de poner su coche en movimiento.

¿Lo dijo sinceramente, o tenía intención de darle plantón al astuto mecánico, para devolverle la jugarreta...?

Esta era la duda que Rocky tenía, y como la única manera de saberlo era acudiendo a la cita, pues allí estaba, luciendo su mejor indumentaria, por si Sharon aparecía.

Y, efectivamente, apareció.

Con casi diez minutos de retraso, pero apareció.

Sharon Curtis detuvo su Ford, paró el motor, y descendió del vehículo, luciendo un bonito vestido de tirantes y escote bajo, lo que le permitía exhibir casi toda la mitad superior de sus preciosos senos, altos, separados, orgullosos de su redondez y su firmeza. Los zapatos de fino tacón, combinaban perfectamente con el vestido, lo mismo que el bolso que la muchacha llevaba en las manos.

Rocky Darrow se quedó mirándola, como embobado.

Ella se le acercó, con la sonrisa en los labios, y le tendió la mano.

—Hola, Rocky.

El campeón de billar se la estrechó.

—¿Qué tal, Sharon?

—Te veo una cara muy rara.

—Es que estoy impresionado.

—¿Por qué?

—Estás preciosa con ese vestido, Sharon.

—Gracias.

—Pensé que no vendrías, ¿sabes?

—Lo prometí, ¿no?

—Sí, pero como te marchaste enfadada.

—Estaba enfadada porque no habías jugado limpio conmigo, pero también estaba contenta, porque mi coche volvía a funcionar. Y fue gracias a ti, Rocky. Por eso no me volví atrás con lo de la cena. Cuando se promete algo, hay que cumplirlo.

Celebro mucho que hayas venido, Sharon.

—¿Dónde piensas llevarme a cenar?

—Me gustaría llevarte al mejor restaurante de Chicago, pero estoy en plan ahorrativo, así que...

—¿En plan ahorrativo, dices?

—Sí, estoy tratando de reunir dinero suficiente para montar mi propio taller de reparación de automóviles. No me conformo con ser un empleado de Gopher Jaeckel. —Eso está bien, Rocky. Pero, para montar un taller de reparación de automóviles, aunque sea modesto, hace falta una cierta suma de dinero, y por muy bueno que sea el sueldo que te paga Gopher Jaeckel...

—No es un sueldo muy bueno, es un sueldo normal y corriente, con el que sólo tengo para vivir. El dinero para el taller, lo estoy obteniendo con el billar.

—¿Billar...?

—Sí, soy todo un campeón. Anoche, sin ir más lejos, gané seiscientos dólares.

—¡Seiscientos!

—Bueno, eso no sucede todas las noches, claro. Generalmente, las apuestas son bajas. Pero anoche me retó un negro que llevaba más de setecientos dólares en el bolsillo, y... —Asombroso.

—Me gusta mucho jugar al billar, y como vengo practicando con el taco desde que tenía catorce años, ahora hago con él lo que quiero.

—¿Por qué no me haces una demostración? —sugirió Sharon.

—¿Qué?

—Me encantaría verte jugar, Rocky.

—¿De veras?

—Sí.

—El caso es que...

—¿No quieres que te vea en acción, Rocky?

—Oh, no, no es eso, Sharon.

—¿Cuál es el problema, entonces...?

—Verás, los ambientes de los billares son muy especiales. Por lo menos, los que yo frecuento. Se ven individuos de todas clases. Y

hasta alguna que otra mujer de las que comercian con su cuerpo.

—¿Te refieres a las prostitutas?

—Sí, a ellas.

Sharon Curtis sonrió.

—¿Temes que alguien me tome por una de ellas, Rocky?

—No, eso es imposible.

—Entonces, llévame a una sala de billares en cuanto terminemos de cenar.

—Está bien, puesto que insistes... —accedió Darrow.

Sharon se cogió de su brazo y dijo:

—Te desafío, campeón.

—¿A qué?

—Al billar, naturalmente. Yo también sé manejar un taco, ¿sabes?

—¿Bromeas?

—¡Lo digo en serio, Rocky! Un tío mío es muy aficionado al billar. Tiene una mesa en casa, y siempre que voy a verle, me obliga a jugar una partida con él.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Darrow.

—Mi tío es mi maestro, pero yo le he puesto en dificultades más de una vez. Le cuesta ganarme, y a ti te costará también, por muy campeón que seas.

Rocky rompió a reír.

—¡Estoy deseando verte con un taco en las manos, Sharon!

—¡Soy algo serio, ya verás! —aseguró la joven, riendo también.

* * *

Mientras cenaban, en un restaurante de mediana categoría, en el que no obstante se comía estupendamente, Rocky Darrow preguntó:

—¿Trabajas, Sharon?

—Sí.

—¿De qué?

—Soy vendedora. Represento a una firma de cosméticos. Barras de labios, polvos faciales, lápices para los ojos... Todo eso, ya sabes.

—Ahora comprendo por qué te urgía tanto que arreglara tu coche.

—Tenía que hacer unas cuantas visitas.

Darrow alargó su mano y cogió la de la muchacha.

—Fue una suerte que tu coche se parara tan cerca del taller de Gopher Jaeckel.

—¿Tú crees?

—Eres bonita, simpática, posees una figura espléndida, y encima

sabes jugar al billar. ¿Qué más puedo pedir?

—Que no sepa jugar más que tú, eso es lo que tienes que pedir, porque sería humillante para ti, todo un campeón, verte derrotado por una mujer. ¡Y en público! —dijo Sharon Curtis, riendo.

Rocky Darrow se contagió, y unió su risa a la de ella.

Capítulo VI

TRAS la cena, Rocky Darrow y Sharon Curtis se dirigieron a los billares de Larry *el Zurdo*, un local de características similares a El Taco de Plata.

La misma gente...

El mismo olor a tabaco, a alcohol, a transpiración...

En suma, la misma atmósfera densa y viciada que solía reinar en el local de Charly Wilcox.

De no haber sucedido lo que sucedió la noche pasada, Rocky hubiera llevado a Sharon a El Taco de Plata, pues si bien el ambiente de ambos locales era parecido, a Rocky le resultaba más simpático Charly Wilcox que Larry *el Zurdo*.

Larry era un gran jugador de billar, y debido a su condición de zurdo, manejaba el taco con la izquierda. Sin embargo, y a pesar de su experiencia, no podía vencer a Rocky, y se ponía furioso cada vez que éste le ganaba una partida.

Larry *el Zurdo* era un mal perdedor.

Y un mal tipo, también.

Se decía que vendía drogas, que tenía mujeres «trabajando» para él, y que se mostraba muy duro con ellas, para obligarlas a «rendir» más y mejor.

Por todo ello, Rocky prefería El Taco de Plata, pero no podía llevar a Sharon allí aquella noche, por si se encontraban en el local con el negro y sus dos amigos.

Habría una nueva pelea, y Rocky no quería meter a Sharon en líos.

El caso es que tampoco estaba demasiado seguro de que en los billares de Larry *el Zurdo* no se produjera ningún altercado, provocado por la presencia de Sharon, pero como la muchacha se había empeñado en ir a una sala de billares...

Era una chica decidida, no cabía duda.

Y a Rocky le gustaba cada vez más.

También les gustó a los tipos que se encontraban en los billares de Larry *el Zurdo*, tan pronto como la vieron entrar cogida del brazo de Rocky Darrow.

Todos clavaron los ojos en ella.

En sus piernas.

En sus caderas.

En sus pechos...

Sharon se dio cuenta de que todo el mundo la miraba, pero no se puso nerviosa por ello, pues era algo con lo que ya contaba de antemano. Y la verdad es que no le importó.

Larry *el Zurdo* estaba echando una partida con un cliente, pero había interrumpido la tacada al ver lo bien acompañado que venía Rocky Darrow, el rival al que nunca conseguía vencer.

El propietario de los biliars estaba realmente sorprendido, más que por la belleza y perfección de formas de Sharon Curtis, por su forma de vestir, de caminar, de sonreír...

Saltaba a la vista que Sharon no era una fulana, sino una joven distinguida y elegante. De ahí la sorpresa de Larry, pues le extrañaba sobremanera que Rocky llevara a sus biliars a una chica así, sabiendo cómo sabía la clase de gente que solía acudir a su local.

Larry *el Zurdo* contaba treinta y ocho años de edad, y era un tipo robusto, de facciones duras, bastante desagradables. Tenía el pelo negro como el betún, y se había dejado crecer tanto el bigote, que a duras penas se le vislumbraba la raja bucal.

Rocky, como es natural, también se había percatado de que las miradas de todos estaban clavadas en la atractiva figura de Sharon, y como más de uno la estaba desnudando con los ojos, no pudo evitar el sentirse molesto.

Ya se esperaba algo así, claro, pero no era lo mismo pensarlo que presenciarlo, y empezó a arrepentirse de haber llevado a Sharon a los biliars de Larry *el Zurdo*.

—No debimos venir, Sharon —rezongó.

—¿Por qué lo dices? —preguntó ella.

—Todo el mundo te mira.

—¿Y qué?

—Te están dejando desnuda con los ojos.

—Tranquilo, los ojos no pueden atravesar la ropa.

—Te están acariciando con el pensamiento.

—El pensamiento no tiene tacto, así que no pueden tocarme con él.

—Te están mordiendo con la mirada.

—Los ojos no tienen dientes.

—No te preocupa lo que está pasando, ¿eh?

—En absoluto. Yo he venido aquí contigo, a jugar al billar, y me importa un pito que la gente me mire, aunque algunos lo hagan con deseo. Me verán, pero no me catarán, como solía decir mi abuela.

Rocky sonrió y llevó a Sharon hacia una mesa libre.

—Jugaremos en esa mesa.

—Muy bien.

—¿Te elijo yo el taco?

—No, que me darás uno torcido, para que no pueda ganarte — bromeó la muchacha. Rocky rió.

—Cuando empecemos a jugar, la sorpresa va a ser general.

—¡Seguro! —rió Sharon también, y escogió un taco, tras haberse asegurado de que no tenía ningún defecto.

Darrow eligió el suyo.

—Pásame la tiza, Rocky —rogó Sharon.

—Toma.

—Gracias —sonrió la joven.

Y, con la mayor naturalidad, se puso a untar de tiza el extremo del taco.

Rocky hacía esfuerzos por contener la risa.

—Esto hay que verlo para creerlo, diablos.

—Pues aún falta lo mejor, Rocky. ¿Quién abre la partida...?

—Tú, naturalmente.

—¿Porque soy una mujer?

—Claro.

—Gracias, muy galante —dijo Sharon, y se dispuso a abrir el juego.

El asombro de cuantos se hallaban en el local iba en aumento. Y era lógico, pues nadie pensaba que Sharon iba a jugar al billar.

Creían que Rocky la había traído para que presenciara lo bien que él manejaba el taco, pero cuando vieron que la muchacha elegía su propio taco, con la meticulosidad de un jugador veterano, y que le aplicaba la tiza con gran soltura, se quedaron todos boquiabiertos.

Al inclinarse sobre la mesa de billar, para hacer el saque, Sharon dejó aún más al descubierto sus hermosos senos, y algunos de los clientes que tenía enfrente pusieron los ojos bizcos.

Ya no miraban las bolas de billar, sino las otras, las que emergían por el escote del vestido, amenazando con desbordarse.

Sharon, que ignoraba a todo el mundo, se concentró, realizó unos suaves movimientos con el taco, y luego golpeó la bola, abriendo magistralmente el juego.

Más de uno sintió deseos de aplaudir.

Y es que había sido una apertura realmente sensacional.

Digna de un maestro.

De todo un campeón.

Sharon, que se había erguido ya, sonrió satisfecha y preguntó:

—¿Qué te ha parecido, Rocky...?

Darrow, no menos asombrado que el resto de los presentes,

murmuró:

—Fantástico, Sharon.

—Soy un rival difícil de batir, ya te lo dije.

—Desde luego.

—Tú te lo habías tomado a broma, ¿verdad?

—Tengo que confesar que sí.

—Pues ya has visto que hablaba en serio.

—Y tan en serio. Has tenido un buen maestro, no cabe duda.

—Mi tío, ya te lo expliqué —rió la joven, y continuó la partida.

Demostró que su magnífica apertura no había sido fruto de la casualidad o de la suerte, sino una prueba de su extraordinario dominio con el taco, que confirmó en las sucesivas jugadas.

Nadie jugaba en los billares de Larry *el Zurdo*.

Sólo Sharon.

Y es que todo el mundo seguía pendiente de ella, y no únicamente por su habilidad con el taco, sino por las continuas exhibiciones de pechos o de piernas que Sharon se veía obligada a realizar, cada vez que se inclinaba sobre la mesa de billar para hacer una jugada.

El vestido era más bien corto, y en cuanto se doblaba un poco sobre la mesa, se le iba para arriba y... En un par de jugadas, muy forzadas, mostró incluso las sucintas braguitas. Fue demasiado ya, y Larry *el Zurdo*, con todos los pelos del bigote temblándole de deseo, se acercó a la mesa donde jugaban Rocky y Sharon.

—Hola, Rocky —saludó, con una sonrisa, que el largo mostacho se encargó de ocultar casi por completo.

—¿Qué tal, Larry? —repuso Darrow.

—¿De dónde has sacado a esta preciosidad...?

—Se llama Sharon y es una amiga mía.

—¿Le has enseñado tú a jugar así de bien...?

—No.

—¿Querrás echar una partida conmigo, preciosa...?

—Me gustaría, pero no podrá ser —respondió Sharon—. En cuanto acabemos ésta, Rocky y yo nos iremos.

—¿Tenéis prisa?

—Sí.

—¿Por meteros en la cama?

Darrow dio un paso hacia el dueño de los billares, furioso, pero Sharon lo frenó con el brazo.

—Calma, Rocky.

—Te ha insultado, Sharon —masculló Darrow.

—Estoy segura de que no ha querido ofenderme. ¿No es cierto, Larry...?

—Tan cierto como que tú estás para untar pan.

—¿Quiere decir que estoy rica?

—¡Riquísima!

—Vamos, que le gustaría comerme...

—¡Con zapatos y todo! —rió Larry, y trató de ponerle las manos en las caderas.

—¡Cuidado con los tacones! —advirtió Sharon, al tiempo que incrustaba el de su zapato derecho en el pie del propietario de los billares, con claros fines trituradores.

Capítulo VII

EL aullido de Larry *el Zurdo* resonó en el local.

—¡El pie...! ¡Me estás deshaciendo los dedos...! —chilló encogido de dolor.

—¡Le advertí que tuviera cuidado con los tacones, Larry! —recordó Sharon Curtis, con ironía, y levantó su pie derecho.

El propietario de los billares encogió la pierna izquierda y se agarró el pie triturado, gimoteando y soltando tacos.

Y no de los de jugar al billar, precisamente.

Dio unos cuantos saltitos a la pata coja, lo que provocó la risa de Sharon. También Rocky rió, satisfecho de la forma en que la muchacha se había librado del dueño del local.

—Es peligroso comerse a una mujer con zapatos y todo, Larry —dijo Darrow, socarrón.

El Zurdo lo fulminó con la mirada.

—¡Tu amiguita me clavó el tacón intencionadamente, Rocky!

—¿Cómo puede pensar eso, Larry...? —exclamó Sharon, poniendo cara de chica ingenua—. Fue un accidente. Se acercó usted tanto a mí, que puso su pie debajo del mío y...

—¡Fue deliberado, zorra!

Darrow hizo ademán de agredir al dueño de los billares, pero Sharon lo detuvo de nuevo.

—Quieto, Rocky.

—¡Te ha vuelto a insultar, Sharon!

—Oh, no, te equivocas de nuevo. Estoy convencida de que Larry me ha llamado zorra en el más cariñoso de los sentidos. ¿Verdad que sí, Larry...?

El Zurdo apretó los dientes.

—¿Quieres que te lo diga más claro, rubia?

—Sí, por favor —rogó Sharon.

—¡Eres una puta!

—¡Ay, qué palabra tan fea! —exclamó Sharon, dando un fuerte golpe con el extremo grueso del taco en el suelo.

Pero no lo dio al azar, sino justo donde estaba el pie derecho del propietario de los billares.

Larry *el Zurdo* aulló de nuevo.

—¡Diablos, ya puso usted el pie donde no debía, Larry! —exclamó Sharon, con gesto burlón.

—¡Perra! —rugió el Zurdo, e hizo ademán de abofetear a la muchacha.

Rocky intervino, sujetando el brazo de Larry.

Una acción innecesaria, pues Sharon, demostrando que sabía cuidar muy bien de sí misma, ya estaba hundiendo el extremo delgado del taco de billar en el estómago del dueño de los billares.

Larry sintió el ombligo en la espalda y lanzó un tremendo alarido, al tiempo que se doblaba hacia adelante.

Esto le vino de perillas a Rocky, pues no tuvo más que dejar caer la mano abierta sobre la nuca del Zurdo, a modo de hacha, para conseguir que el bigotudo besara el suelo.

Larry intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas suficientes.

La estocada en el estómago y el hachazo en la nuca le habían puesto fuera de combate. —Creo que debemos marcharnos, Sharon —dijo Darrow.

—Opino lo mismo, Rocky —respondió la muchacha, dejando el taco sobre la mesa de billar.

Darrow hizo lo propio y cogió a la joven del brazo.

—Vamos, Sharon.

No habían dado más que dos pasos, cuando tres sujetos les cortaron decididamente el camino. Eran amigos de Larry *el Zurdo*, y no estaban dispuestos a permitir que Rocky y Sharon abandonaran el local después de lo ocurrido.

—No tan deprisa, Rocky —dijo el tipo del centro.

—Apartaos, será mejor —aconsejó Darrow.

—Habéis golpeado a Larry, y lo vais a pagar caro —masculló el individuo de la izquierda—. A ti te daremos una paliza, Rocky, y a la chica...

—A ella le daremos otra cosa —dijo el sujeto de la derecha.

Sharon murmuró:

—Será cuestión de empuñar el taco de nuevo, ¿no, Rocky?

—Es una buena idea —respondió Darrow.

Al ver que cogían los tacos de billar, uno de los tipos gritó:

—¡A ellos!

Se lanzaron los tres sobre Rocky y Sharon.

Rocky descargó su taco sobre la cabeza de uno de los individuos, pero el tipo apartó la testa a tiempo y el taco se estrelló en su hombro, quebrándose.

El sujeto dio un chillido de dolor y se agarró el hombro.

Rocky soltó el trozo de taco que había quedado en sus manos y

recibió con los puños a otro de los individuos.

Mientras tanto, Sharon había atacado con su taco al tercer tipo, pero éste burló la estocada dirigida a su estómago y aferró el taco, impidiendo que la muchacha pudiera utilizarlo de nuevo contra él.

—¡Suéltalo, rubia! —rugió, dando un violento tirón.

Sharon no tuvo más remedio que soltar el taco de billar.

Ya no tenía con qué defenderse.

Eso, al menos, pensó el tipo, y se abalanzó sobre ella.

Sharon atrapó velozmente una bola de billar y golpeó con ella al sujeto, en toda la frente.

—¡Toma!

El tipo bizqueó la mirada y se desplomó.

Entretanto, Rocky le había dado varios puñetazos al tipo que cayera sobre él, y lo mandó al suelo con el último de ellos, un formidable trallazo a la mandíbula.

El tercer sujeto, el que se agarraba el hombro, embistió a Rocky como un toro, pero el campeón de billar se desplazó hacia su izquierda con rapidez y el individuo fue a caer sobre la mesa.

Sharon, que todavía tenía la bola de billar en la mano, se la arrojó al tipo, alcanzándole en todo el cráneo.

El sujeto dio un grito y quedó inmóvil sobre la mesa de billar.

Parecía que la pelea había terminado, pero no era así.

Larry *el Zurdo* se había recuperado de los golpes recibidos, y ya se estaba poniendo en pie.

—¡Cuidado, Sharon! —advirtió Rocky.

La muchacha se revolvió, descubriendo al dueño de los billares.

Larry la agarró del cabello y alzó la otra mano, con intención de descargarla sobre el rostro de la joven, en feroz bofetada.

—¡Te voy a...!

Sharon, sin pensárselo dos veces, levantó bruscamente la rodilla y la incrustó entre los muslos del propietario de los billares, pillándole de lleno en lo que tenía de hombre.

El bramido de Larry *el Zurdo* hizo temblar las paredes del local.

Cerró apretadamente los ojos.

Despidió espuma por la boca.

Se puso amarillo como un chino.

Todo a la vez.

Después, se derrumbó como un fardo y se agarró lo que tanto le dolía.

Rocky cogió de la mano a Sharon.

—¡Larguémonos!

—¡Sí, Rocky!

Corrieron los dos hacia la puerta.

En esta ocasión, nadie intentó cortarles el paso.

No resultaba muy aconsejable, después de lo presenciado.

Rocky y Sharon alcanzaron la puerta y abandonaron los billares de Larry *el Zurdo*, quien continuaba en el suelo, hecho una bola, sollozando como una mujer.

Y es que tardaría bastante en poder demostrar que era un hombre.

* * *

El Ford de Sharon Curtis se alejaba ya de los billares de Larry *el Zurdo*, conducido por la muchacha. Rocky Darrow, sentado a su lado, dijo:

—Eres asombrosa, Sharon.

—¿De veras?

—No sólo juegas al billar tan bien como yo, sino que te defiendes mejor que un hombre. La joven sonrió.

—Me he quedado con las ganas de ver cómo juegas tú, Rocky.

—Me costana mucho trabajo ganarte, puedes estar segura. Y no sé si lo conseguiría.

—¿Por qué no me llevas a otra sala de billares?

—¡No!

Sharon rió con ganas.

—Tranquilo, que lo he dicho en broma.

—¿Por qué no vamos a tu casa, Sharon?

—Prefiero que vayamos a la tuya.

—Vivo en un apartamento muy modesto.

—El mío tampoco es gran cosa.

—Está bien, iremos al mío. Tomaremos una copa, y...

—De eso, nada.

—¿Te refieres a la copa...?

—Sí.

—¿Temes que te eche alguna droga en la bebida?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces...?

—Prometí cenar contigo, y he cumplido mi palabra. Lo de tomar una copa en tu apartamento, lo dejaremos para otra ocasión. Es decir, si deseas que nos volvamos a ver.

—Naturalmente que lo deseo. ¿Tú no...?

—Sí, yo también. Lo he pasado bien contigo, Rocky. Y me divertí mucho en los billares de Larry *el Zurdo*.

—¿No sentiste miedo en ningún momento?

—Un poco, cuando aquellos tres individuos nos cerraron el paso, tras el incidente con el Zurdo. Creo que tenían intención de abusar de mí.

—La tenían, pero hubieran tenido que matarme para conseguirlo. Sharon sonrió encantadoramente.

—Eres un buen chico, Rocky.

* * *

Sharon Curtis detuvo su Ford frente al edificio en donde vivía Rocky Darrow.

—Hemos llegado, Rocky.

—¿No has cambiado de parecer, Sharon?

—¿Con respecto a lo de la copa?

—Sí.

—No, sigo pensando igual. La tomaremos otro día.

—¿No te fías de mí?

—Dije que me pareces un buen chico, ¿no?

—Sí, pero no te atreves a subir a mi apartamento.

—Que seas un buen chico, no quiere decir que no intentes llevarme a la cama. Eres un hombre, yo una mujer, y es normal que...

—Esta noche no lo intentaría, puedes estar tranquila.

—¿Por qué?

—No me siento con fuerzas.

—¿No...?

Rocky carraspeó ligeramente y confesó:

—Anoche estuve con dos mujeres a la vez, ¿sabes? Sharon respingó.

—¿Con dos...?

—Sí.

—¡Qué bárbaro! ¿Es que no tienes bastante con una...?

—Verás, se trataba de dos amigas y...

—Dos amigas que lo comparten todo, ¿no es eso?

—Exacto.

—Sal del coche, Rocky.

—¿Te has enfadado, Sharon?

—¿A ti qué te parece?

—Bueno, si te he dicho lo que pasó anoche, es para que no sientas ningún temor de que...

—Abajo, Rocky.

—Está bien —suspiró el campeón de billar, y descendió del Ford.

Sharon, sin pronunciar una sola palabra más, puso el motor en

marcha y se alejó, furiosa.

—Metiste la pata, Rocky —se recriminó a sí mismo Darrow, y entró en el edificio, sin sospechar que había alguien esperándole en su apartamento.

Capítulo VIII

ROCKY Darrow subió a su apartamento, lamentando el enfado de Sharon Curtis. Había sido un triste final, para una velada tan agradable y tan divertida.

Si no hubiera mencionado lo ocurrido la noche anterior, quizá hubiera acabado convenciendo a Sharon para que subiera a su apartamento. Había empleado una táctica equivocada, y el resultado no había podido ser más desastroso.

En fin, la cosa ya no tenía remedio.

Rocky alcanzó su apartamento, metió la llave en la cerradura, y abrió la puerta. Como estaba todo en orden, nada le hizo sospechar que allí había alguien, aguardando su llegada.

El campeón de billar se despojó de la americana, la dejó sobre una silla, y se acercó al frigorífico. Le apetecía beber algo fresco, más que un trago de whisky.

Justo en el instante en que abría la puerta del frigorífico, creyó oír algo en su dormitorio.

Rocky se envaró.

Con la respiración contenida, y sin mover un solo músculo de su cuerpo, esperó a ver si su ágil oído captaba algún otro sonido que le confirmara que en su dormitorio había alguien.

No fue sí, por lo que Rocky no tuvo más remedio que dirigirse a su habitación. Tenía que entrar en ella, para salir de dudas.

Y entró.

Con muchas precauciones, desde luego.

No quería dejarse sorprender.

Sobre la cama, había alguien.

Rocky encendió la luz, para ver de quién se trataba.

Al instante, dio un respingo.

—Oh, no... —exclamó ahogadamente, al descubrir acostadas en su cama a Agatha y Fedra.

Las dos parecían dormidas.

Aunque la sábana las cubría a ambas hasta el cuello, Rocky adivinó que se hallaban completamente desnudas, pues sus ropas yacían en el suelo, tiradas de cualquier manera.

Rocky estuvo tentado de salir sigilosamente de su dormitorio y abandonar rápidamente el apartamento, antes de que las prostitutas le

descubrieran y le pidieran «guerra».

El campeón de billar no quería entablar nuevas batallas amorosas, que las últimas estaban muy recientes y todavía no se había recuperado.

Rocky, claro, ignoraba que Agatha y Fedra tampoco estaban en condiciones de afrontar nuevos combates amorosos, después de la serie de furiosos correazos que Bernie Mason descargara sobre sus cuerpos desnudos, hasta obligarlas a desvanecerse de dolor.

De pronto, el rostro de la rubia Agatha se contrajo y de su garganta escapó un leve gemido de sufrimiento.

Ello sorprendió a Rocky, quien empezó a comprender que aquella situación era bastante anormal. No era tan tarde como para que Agatha y Fedra se hubieran dormido, mientras le esperaban, y la contracción del rostro de Agatha, acompañada de aquel gemido de dolor...

Rocky estiró el brazo y cogió el extremo de la sábana, la cual levantó lo justo como para poder echar una ojeada al pecho desnudo de la rubia.

—Dios, no... —musitó, al tiempo que se estremecía.

Con ojos dilatados, observó las horribles señales que la correa de Bernie Mason había dejado en los senos de Agatha, en sus hombros, en sus brazos, en su estómago...

Rocky retiró lentamente la sábana, descubriendo totalmente los cuerpos desnudos de las prostitutas. Agatha tenía terribles señales también en las caderas y en los muslos.

Y lo mismo le sucedía a Fedra.

Las dos estaban llenas de golpes.

Casualmente, la rubia Agatha abrió los ojos en aquel momento y vio al campeón de billar.

—Rocky... —pronunció quedamente, sin mover ni un dedo de su persona.

Darrow, terriblemente impresionado, preguntó:

—¿Qué os ha pasado, Agatha?

—Nos azotaron con un cinturón...

—¿Quién?

—Bernie, el negro que jugó contigo al billar anoche...

—¿Por qué lo hizo?

La prostituta se lo explicó en pocas palabras.

También le contó lo que había pasado antes de que Bernie se quitara el cinturón y la emprendiera a golpes con ellas.

Rocky apretó tanto los puños que los nudillos se le quedaron blancos.

—¡Canallas! —dijo, con voz ronca de ira.

Fedra, que se había despertado mientras Agatha relataba a Rocky lo sucedido, informó: —Los tipos nos hicieron volver en sí, nos vistieron, y nos metieron en el coche. Nos obligaron a decirles dónde vivías, y nos trajeron aquí. Nos volvieron a desnudar, nos metieron en la cama y se largaron. Bernie tenía mucho interés en que supieras lo que él y sus amigos habían hecho con nosotras, para que los busques.

—Lo haré, no lo dudéis —masculló Darrow.

Agatha alzó el brazo, con claro gesto de dolor, y le cogió la mano.

—No debes ir en su busca, Rocky.

—¿Que no, después de lo que esos cobardes han hecho con vosotras...?

—Contigo también harán cosas terribles, si te atrapan. Bernie dijo que, para empezar, te romperán los pulgares...

—Los pulgares, ¿eh?

—Sí, para que no puedas jugar al billar en muchos meses —explicó Fedra—. Ni jugar al billar, ni nada, porque con los pulgares quebrados, la inutilidad de una persona es total... Rocky no replicó.

Sabía que Fedra tenía razón.

Con los pulgares rotos, ni siquiera podría mear si alguien no le ayudaba a...

Agatha insistió:

—Debes olvidarte de Bernie y sus amigos, Rocky.

—No puedo. Tengo que hacerles pagar lo que os hicieron. De manera especial, al hijo de perra de Bernie, que fue quien lo planeó todo, estoy seguro. Michael y Andy hacen lo que él les dice. Además, fue Bernie quien os marcó el cuerpo con su cinturón, y... —También quiere marcar el tuyo, Rocky —dijo Fedra—. Más terriblemente aún que los nuestros. Y te «trabajaré» con su navaja. Especialmente, lo que tienes de hombre.

Darrow no pudo evitar un ligero estremecimiento.

—Eso dijo, ¿eh?

—Sí, Rocky —asintió Agatha—. Bernie quiere asegurarse de que no podrás estar nunca más con una mujer en la cama.

Hubo un silencio.

De pronto, Darrow caminó hacia la puerta del dormitorio.

—¡Rocky! —exclamó Agatha.

—¿Adónde vas? —preguntó Fedra.

El joven se volvió.

—Por el botiquín. Tengo que atenderos —explicó, y salió de la habitación.

Rocky Darrow había atendido ya a las prostitutas, aplicándoles un ungüento especial para hematomas, golpes y contusiones, que alivió bastante su dolor.

Agatha y Fedra habían sido azotadas también en la espalda, en las nalgas, y en las caras posteriores de los muslos, por lo que tuvieron que tenderse boca abajo para que Rocky pudiera ocuparse asimismo de todas esas señales.

Acostadas nuevamente boca arriba, y con la sábana cubriéndoles solamente la mitad inferior del cuerpo, las prostitutas expresaron su agradecimiento al campeón de billar. —Eres un gran tipo, Rocky —dijo Agatha.

—Nos has atendido mejor que un médico —añadió Fedra.

Darrow sonrió.

—Era lo menos que podía hacer. En realidad, estáis así por mi culpa.

—¿Por tu culpa...? —exclamó Agatha.

—Si no os hubiera conocido, Bernie y sus amigos no os hubiesen humillado y maltratado. Lo hicieron porque les molestó que os vinierais conmigo.

—No es la primera vez que somos humilladas y maltratadas, Rocky —repuso Fedra—. En nuestra profesión, se suele tratar a gente de muy pocos escrúpulos.

—No debes culparte por lo que nos ha pasado, Rocky —dijo Agatha—. Son gajes del oficio. De nuestro cochino oficio.

Darrow, sentado en el borde de la cama, les acarició el rostro a las dos.

—Sois dos buenas chicas. Ahora, descansad.

—¿Dónde dormirás tú, Rocky? —preguntó Fedra.

—En el sofá.

—Podemos dejarte un huequecito, si quieres... —sugirió Agatha.

—Gracias, pero estaríamos demasiado apretujados, y eso sería malo para vosotras —respondió Rocky, irguiéndose.

—Cuando estemos bien, repetiremos lo de anoche, ¿eh, Rocky? —preguntó Fedra.

—Ya hablaremos de eso, preciosas.

—No tendrás que pagarnos, Rocky —aclaró Agatha.

—Sois estupendas —sonrió Darrow, y las besó a las dos.

Después, apagó la luz y salió de la habitación, cuya puerta cerró.

No fue hacia el sofá, sino hacia la silla en donde dejara su americana. La cogió, se la puso, y abandonó el apartamento.

Tenía que ajustarles las cuentas a Bernie, Michael y Andy.

Y quería hacerlo cuanto antes.

Capítulo IX

BERNIE Mason, Michael North y Andy Blondell habían vuelto a El Taco de Plata.

Charly Wilcox frunció el ceño, al verlos aparecer de nuevo.

El negro y sus amigos se aproximaron al bar, como la vez anterior.

—¿Sabes algo del bastardo de Rocky Darrow, Charly? —preguntó el primero.

—No ha venido por aquí.

—Pero vendrá.

—¿Cómo lo sabes?

—Agatha y Fedra le darán un mensaje de nuestra parte, y como Rocky tiene agallas, hará todo lo posible para encontrarnos.

Wilcox no dijo nada.

Bernie sonrió e indicó:

—Vamos a echar una partida mientras llega Rocky, muchachos.

Caminaron los tres hacia una mesa libre, dejando al dueño de los billares bastante preocupado.

Algunos minutos después, sonaba el teléfono.

Estaba instalado en el bar, así que Wilcox no tuvo más que alargar el brazo para atrapar el auricular.

—¿Diga?

—¿Charly?

—¿Quién llama?

—Soy Rocky Darrow.

El propietario del local respingó nerviosamente.

—¡Rocky! —exclamó, pero en tono bajo, para que Bernie y sus amigos no le oyeran.

—¿Están ahí los tipos con los que peleé anoche?

—¡Sí!

—Voy para ahí.

—¡Te están esperando, Rocky!

—Lo sé.

—¿Te dieron Agatha y Fedra el mensaje?

—¿Mensaje...?

—Bernie dijo que te lo darían. ¿A qué se refería el negro,

Rocky...?

—Una ironía suya. Ese hijo de perra azotó con su cinturón a Agatha y Fedra, llenando sus cuerpos desnudos de horribles señales. Después, las trajeron a mi apartamento y las metieron en mi cama, para que yo viera lo que habían hecho con ellas, cuando llegara. Ese era el mensaje que Agatha y Fedra tenían que darme, Charly.

Wilcox miró hacia la mesa de billar que ocupaban Bernie, Michael y Andy.

—Ratas cobardes... —masculló roncamente.

—No les digas que he llamado, Charly.

—Descuida.

—En unos minutos estoy ahí.

—¿No es demasiado peligroso, Rocky?

—No temas, he tomado mis precauciones. Bernie y sus compinches van a acabar donde no se esperan —aseguró el campeón de billar, y cortó la comunicación.

* * *

Bernie, Michael y Andy seguían jugando al billar, pero lo hacían pendientes de la puerta del local, seguros de que tarde o temprano Rocky Darrow se presentaría en El Taco de Plata.

Charly Wilcox tampoco apartaba los ojos de la puerta de sus billares, esperando ver entrar de un momento a otro a Rocky. Y en cuanto apareciera, él saldría del bar y se pondría a su lado.

No solía mezclarse en las peleas que, con demasiada frecuencia, se producían en su local, pero esta vez sí intervendría, porque lo que Bernie y sus amigos habían hecho con Fedra y Agatha...

Por muy prostitutas que fueran, era una canallada, y Charly deseaba vengarlas tanto como el propio Rocky.

El campeón de billar no tardó en aparecer.

Bernie, Michael y Andy lo descubrieron al instante e interrumpieron la partida.

Rocky Darrow fue decididamente hacia ellos.

Charly Wilcox ya estaba saliendo del bar.

—¡Espera, Rocky!

Darrow se detuvo, a sólo unos metros ya del negro y sus compinches.

—¿Qué quieres, Charly?

Wilcox, que había llegado al trote, respondió:

—Ponerme a tu lado, Rocky.

Bernie, Michael y Andy denotaron contrariedad por la intervención del dueño de los billares, con la que desde luego no

contaban.

—Esto no va contigo, Charly —rezongó el negro.

—Sé lo que hicisteis con Agatha y Fedra, Bernie.

—¿Cómo te has enterado?

—¿No oísteis sonar el teléfono hace un rato...?

—Era Rocky, ¿eh?

—Sí. Y me informó de lo que habíais hecho con esas pobres chicas, cobardes. ¿Qué daño os habían hecho ellas...?

—¿Sabes lo que quieren hacer conmigo, Charly? —habló Rocky.

—No, dímelo.

—Romperme los pulgares, azotarme con una correa, y trabajarme el cuerpo con una navaja, dedicando una especial atención a mis órganos genitales, para que no vuelva a poseer a una mujer.

La furia de Charly Wilcox se acentuó considerablemente.

—¿A qué esperamos para machacarlos a los tres, Rocky?

—Vamos por ellos, Charly.

* * *

Bernie Mason movió velozmente la mano y extrajo su navaja, gritando:

—¡Encargaos de Charly, muchachos! ¡Yo me ocupo del hijo de perra de Rocky!

Michael North y Andy Blondell se lanzaron contra el propietario de los billares, mientras su compañero atacaba a Rocky Darrow con la navaja.

Charly Wilcox le soltó un zambombazo a Andy y lo hizo rodar por el suelo, pero no pudo esquivar el puñetazo de Michael, aunque no llegó a perder el equilibrio.

Cara de Elefante intentó sacudirle de nuevo, pero Charly reaccionó con rapidez y le estrelló el puño zurdo en la cara, tan duramente, que lo mandó irremisiblemente al suelo.

Cara de Rata ya se estaba incorporando, sangrando por la nariz.

Charly lo esperó, con los puños preparados.

Entretanto, Rocky había burlado ya dos furiosas acometidas de Bernie, aunque no había tenido ocasión de desarmarle, porque el negro recordaba lo sucedido la noche anterior y encogía el brazo con rapidez después de cada ataque, para que su enemigo no pudiera arrebatarle la navaja ni sujetarle el brazo.

Rocky se despojó de la americana con un veloz movimiento, pero no fue para evitar que Bernie le rasgara con su navaja, sino para arrojársela al negro a la cara.

La americana cubrió momentáneamente la cabeza de Bernie.

El negro se la arrancó con un furioso zarpazo, pero para entonces Rocky ya caía sobre él como una pantera y le aferraba el brazo derecho.

—¡Ya te tengo, moreno!

—¡Maldito! —rugió Bernie, luchando por recuperar la libertad de su brazo.

Rocky le torció la muñeca bruscamente y le arrancó un grito de dolor.

La mano del negro se abrió, dejando escapar la navaja.

Rocky le dio un puntapié al arma, mandándola lejos, y la emprendió a puñetazos con Bernie.

El negro le devolvió alguno, pero muy pocos, porque Rocky le pegaba con mucha rapidez y apenas le dejaba contraatacar.

También Charly Wilcox estaba dando buena cuenta de Michael y Andy.

Era más alto y más corpulento que ellos, y cada puñetazo que daba valía por tres.

Cara de Rata fue el primero en perder el conocimiento.

Poco después, era Cara de Elefante el que se desplomaba, para no levantarse ya.

Los rostros de ambos daban pena.

Cejas, pómulos, boca, nariz...

Todo lo tenían partido, y la sangre fluía de las heridas, cubriendo sus tumefactas caras.

La cara de Bernie también empezaba a dar escalofríos.

Y eso que Rocky no le golpeaba sólo ahí.

Estómago, hígado, plexo solar...

Esas zonas también habían sido martilleadas por los duros puños del campeón de billar.

El negro estaba a punto de derrumbarse.

Rocky lo adivinó, y antes de que se desplomara, le soltó un tremendo rodillazo en el bajo vientre, machacándole aquello que Bernie tenía intención de «trabajarle» con la navaja a él.

El moreno chilló como una rata y se cayó en redondo.

Por suerte para él, se desmayó a los pocos segundos de haber recibido el rodillazo en los genitales y dejó de sufrir.

Pero ya seguiría sufriendo cuando recobrara el conocimiento, ya, porque el dolor tardaría varios días en desaparecerle.

* * *

Coincidiendo con el final de la pelea, cuatro hombres penetraron en El Taco de Plata.

Eran policías.

Rocky Darrow tenía amistad con uno de ellos, pues era cliente del taller de Gopher Jaeckel, y Rocky le había reparado el coche en varias ocasiones.

Antes de presentarse en los billares de Charly Wilcox, Rocky le había telefoneado a la comisaría y le había informado de lo que sucedía, rogándole que acudiera a El Taco de Plata acompañado de otros agentes, para arrestar a Bernie Mason y sus dos amigos.

Lo que habían hecho con Agatha y Fedra, era motivo suficiente para ir a la cárcel. Ambas prestarían declaración, y Bernie, Michael y Andy se pasarían unos cuantos años entre rejas. Por lo que habían hecho con ellas, y por lo que pensaban hacer con Rocky.

Los policías se hicieron cargo del negro y sus dos compinches, y abandonaron el local, tras haber conversado unos minutos con Rocky Darrow y Charly Wilcox.

Rocky dio las gracias al dueño de los billares, por haberle ayudado en la pelea, y se marchó también.

Capítulo X

GOPHER Jaeckel miró su reloj en cuanto vio entrar a Rocky Darrow en el taller.

—¡Hombre!, hoy sólo te has retrasado cinco minutos.

—Voy mejorando, ¿eh, señor Jaeckel? —sonrió el joven.

—¿No jugaste anoche al billar...?

—Sí, pero con una chica.

—¿Qué...?

—Una preciosidad de cabellos rubios, señor Jaeckel. Y si viera usted cómo maneja el taco...

—¿Pretendes tomarme el pelo, Rocky?

—¡No!

—¡Las mujeres no juegan al billar!

—La que yo le digo, sí. Y lo hace de maravilla, créame.

—Jugaríais a algo más que al billar, ¿no?

—Esa era mi intención, pero ella no quiso —suspiró Darrow.

—Tú insististe, y la chica te sacudió, ¿eh?

—¿Por qué dice eso?

—Tienes señales de golpes en la cara.

—No me los dio ella. Tuve una pelea con un tipo. Un negro alto y fornido.

—Y te ganó, ¿eh?

—No, la pelea la gané yo, señor Jaeckel.

—Vaya, enhorabuena.

—Muchas gracias.

—Y siento que la preciosidad de cabellos rubios no quisiera jugar más que al billar...

—Sí, fue una pena —suspiró de nuevo Rocky—, Aunque la verdad es que no me importó demasiado, pues tenía otras dos esperándome en mi apartamento.

—¿Dos qué?

—Mujeres, naturalmente.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—Es la verdad, señor Jaeckel. Se habían quitado toda la ropa, y me aguardaban en la cama.

El dueño del taller soltó uno de sus clásicos bufidos.

—¡Corre a cambiarte, antes de que te dé un puntapié en el trasero por embustero!

—¡Sí, señor Jaeckel! —rió Rocky, trotando ya hacia el cuarto en donde tenía su mono de mecánico.

Gopher dio un manotazo al aire.

—Una rubia que juega al billar, dos mujeres esperándole en su apartamento, en cueros y metidas en la cama... —rezongó—. ¡Cómo se las inventa, el condenado!

* * *

Rocky Darrow llevaba un buen rato trabajando en el motor de un Lancia color crema. Se hallaba solo en el taller, pues Gopher Jaeckel había salido.

De pronto, oyó una voz femenina:

—Buenos días, campeón.

Rocky se irguió en el acto y miró hacia la puerta.

—¡Sharon!

La muchacha penetró en el taller, con una suave sonrisa en los labios.

—No creas que se me ha vuelto a parar el coche, ¿eh?

—¿Has venido a verme?

—Sí.

—¿Ya no estás enfadada?

—No.

—Cuánto me alegro.

—Soy una tonta, Rocky.

—¿Por qué dices eso?

—Dijiste en broma lo de las dos mujeres, y yo lo tomé en serio.

—Bueno, la verdad es que... —carraspeó Darrow.

—Querías que yo me sintiera tranquila, ya lo sé.

—Sí, por eso me inventé lo de las dos chicas —mintió Darrow, porque le convenía. Sharon Curtis dejó de sonreír.

—¿Qué tienes en la cara, Rocky...?

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—Son señales de golpes, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando nos separamos, no las tenías.

—Verás, como no quisiste subir a mi apartamento a tomar una copa y charlar un poco, me fui a unos billares y...

—No serían los de Larry *el Zurdo*, ¿verdad?

—No, estuve en El Taco de Plata y me tropecé con el negro que

me retó la noche anterior.

—¿El que perdió seiscientos dólares...?

—El mismo.

—Peleasteis, ¿eh?

—Sí.

Sharon alzó la mano y le acarició el rostro.

—¿Por qué no te fuiste a dormir, Rocky? Hubiera sido mucho mejor.

—No hubiera podido conciliar el sueño.

—¿Por mi culpa?

—Sí.

Sharon se irguió sobre las puntas de los pies y le dio un cálido beso en los labios.

Rocky sintió deseos de abrazarla y devolverle el beso con ardor, pero se reprimió, porque su mono estaba manchado de grasa, lo mismo que sus manos, y hubiera puesto perdida a la muchacha.

Ella le sonrió deliciosamente y sugirió:

—¿Cenamos juntos esta noche, Rocky?

—Encantado.

—Pero esta vez invito yo, ¿eh?

—¡Ni hablar!

—Tienes que ahorrar para montar tu propio taller de reparaciones, Rocky.

—No importa.

—Insisto en pagar yo la cena.

—Entonces, me niego a salir contigo esta noche.

—¿Serías capaz...?

—Ya lo creo.

—Está bien, dejaré que pagues tú. No quiero que tu orgullo de hombre se sienta herido.

—Dame otro beso, anda —rogó Darrow—. Pero no te acerques mucho, no sea que te manches.

—Tendré cuidado —sonrió la joven, y le besó de nuevo.

Justo en ese momento, Gopher Jaeckel entraba en el taller.

—¡Muy bonito, hombre! —exclamó.

Rocky y Sharon separaron sus bocas al instante.

—Tu jefe, ¿no? —adivinó la muchacha.

—Sí, es el señor Jaeckel.

Gopher se acercó a ellos, con gesto de enfado.

—¿Para eso te pago, Rocky? ¿Para que pierdas el tiempo dándote el pico con esta rubia?

Darrow tosió.

—Es la que juega al billar, señor Jaeckel.

—¿De veras...?

—Se llama Sharon.

La muchacha sonrió.

—Me alegro de conocerle, señor Jaeckel.

—Lo del billar no es cierto, ¿verdad?

—Claro que lo es.

—¿También es cierto que juegas de maravilla...?

—Soy la reina del taco, señor Jaeckel.

—Entonces, si eso es cierto, también lo será lo otro... —murmuró Gopher.

—¿A qué se refiere, señor Jaeckel?

—Rocky dijo que anoche tenía dos mujeres en su apartamento, esperándole en la cama, sin ninguna ropa. Sharon miró a Rocky.

—¿Anoche también, campeón...?

Darrow tosió de nuevo.

—Al señor Jaeckel le gasté la misma broma que a ti, Sharon.

—¿Seguro que estamos hablando de una broma, Rocky?

—Claro. No iba a tener dos mujeres en mi apartamento hace dos noches, y tenerlas anoche otra vez. ¡Ni que fuera de hierro!

Sharon rió.

—Te creo, Rocky. Si realmente hubieras tenido dos mujeres en tu apartamento, no me habrías invitado a subir.

—¡Naturalmente que no! —rió también Rocky.

—A no ser que quisiera acostarse con tres mujeres a la vez... —bromeó Gopher.

Rocky y Sharon volvieron a reír.

Después, la muchacha dijo:

—No quiero entretenerte más, Rocky.

—Sí, es mejor que te marches, o el señor Jaeckel me despedirá.

—Hombre, tanto como eso... —carraspeó Gopher.

Sharon le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerle, señor Jaeckel.

—Lo mismo digo, preciosa —sonrió Gopher, estrechándole la mano—. Y a ver cuándo me haces una demostración con el taco.

—Cuando usted quiera.

Darrow dijo:

—En el mismo sitio de anoche y a la misma hora, ¿no, Sharon?

—De acuerdo, Rocky —respondió la joven, y se marchó.

Capítulo XI

ALREDEDOR de las doce, tres tipos entraron en el taller.

Eran los amigos de Larry *el Zurdo*.

Y venían bien preparados.

Sí, porque el del centro esgrimía una cadena, el de la derecha portaba un bate de béisbol, y el de la izquierda llevaba una bolsa de perdigones.

Rocky Darrow, que en aquellos momentos trabajaba con una llave inglesa, se puso en guardia.

—¿Qué diablos queréis?

—¿No lo adivinas, Campeón? —habló el de la cadena, balaceándola significativamente.

—¿Os ha enviado Larry?

—No, hemos venido por nuestra cuenta —respondió el del bate de béisbol.

—Este no es lugar para pelear, muchachos. ¿Por qué no nos vemos en otro sitio? —sugirió Rocky.

—¿Temes que el jefe te despida, Rocky? —preguntó el tipo que llevaba la bolsa de perdigones.

—Seguro que lo hará. Ya me tiene manía porque juego al billar por las noches, me acuesto tarde, y me retraso por las mañanas.

—Es tu problema, Rocky —sonrió el fulano de la cadena—. Nosotros hemos venido a molerte los huesos, para cobrarnos lo de anoche, y lo vamos a hacer.

Los tipos avanzaron, y Darrow se vio obligado a retroceder.

—Yo también os puedo hacer daño con esta llave inglesa, ¿sabéis? —advirtió el mecánico.

—Somos tres, Rocky. Y no hemos venido con las manos vacías, ya lo ves —respondió el sujeto que esgrimía el bate.

Darrow siguió retrocediendo.

Volvió la cabeza un instante.

La pared estaba ya muy cerca,

Si permitía que lo acorralaran contra ella, sería mucho más difícil defenderse del ataque de los amigos de Larry *el Zurdo*.

Rocky Darrow decidió tomar la iniciativa, y saltó felinamente sobre el tipo que portaba la bolsa de perdigones.

El ataque del campeón de billar sorprendió a los agresores, que no le creían tan audaz, y ellos les impidió reaccionar con la necesaria rapidez.

Rocky le atizó con la llave inglesa al de los perdigones, en todo el cuello, y el fulano se desplomó, emitiendo un grito de dolor.

El de la cadena y el del bate atacaron a Darrow, pero éste dio un veloz salto. La cadena sólo azotó el aire, y el bate se estrelló contra el suelo.

Rocky saltó de nuevo, pero ahora sobre los individuos, y descargó la llave inglesa sobre el hombro del que empuñaba el bate de béisbol.

El tipo dio un aullido y soltó el bate.

El otro sujeto golpeó a Rocky con la cadena, en el costado.

Darrow emitió un rugido de dolor.

No había podido esquivar la cadena.

El fulano intentó repetir el golpe, pero Rocky reaccionó con rapidez y le descargó la llave inglesa en el pecho.

Fue un golpe muy doloroso, y el tipo se derrumbó, chillando.

El sujeto que perdiera el bate de béisbol, intentó recuperarlo, pero Rocky le vio y le pisó la mano.

El individuo aulló.

Rocky le cascó de nuevo con la llave inglesa, esta vez en el otro hombro.

El tipo aulló con más fuerza.

El fulano que resultara golpeado en el cuello, ya se estaba poniendo en pie, con la bolsa de perdigones en la mano»

Rocky lo descubrió por el rabillo del ojo, se revolvió como una centella, y le dio un patadón en el estómago.

El sujeto se vino nuevamente abajo, bramando de dolor, y soltó la bolsa de perdigones. Rocky tuvo una idea, y la llevó rápidamente a la práctica.

Recogió la bolsa de los perdigones, la abrió, y dejó caer unos cuantos en la boca del tipo que se agarraba el estómago.

El fulano se tragó varios de ellos, muy a su pesar, y se puso a toser como un camello aquejado de bronquitis.

Los perdigones que no se tragó, los escupió mientras tosía.

Parecía una carabina de aire comprimido, el tío.

Si llega a estar en el campo, mata un par de pajaritos.

Rocky se plantó de un salto junto al tipo que tenía los dos hombros lastimados, y como también se quejaba con la boca muy abierta, se la llenó de perdigones.

—¡Chúpalos, que están muy buenos! —dijo el campeón de billar, con guasa.

El fulano se tragó casi una docena, le entró la tos, y empezó a escupir el resto, en plan carabina de aire comprimido, también.

El tercer individuo, el que recibiera un golpe en el pecho, quiso atacar a Rocky con su cadena, pero lo único que consiguió, fue que el mecánico le zurrara de nuevo con la llave inglesa, justo sobre la clavícula derecha.

El tipo bramó y soltó la cadena.

Al verle con la boca abierta de par en par, Rocky no pudo resistir la tentación de obsequiarle con una generosa ración de perdigones.

—¡Toma, come tú también! ¡Están muy ricos! —dijo, riendo.

El fulano lo pasó tan mal como sus compañeros.

Rocky arrojó los perdigones que quedaban y la llave inglesa, y recogió del suelo el bate de béisbol y la cadena. Con el bate en la derecha, y la cadena en la izquierda, empezó a golpear a los amigos de Larry *el Zurdo*.

—¡Vamos, fuera...! ¡Largaos de aquí, antes de que os rompa todos los huesos del cuerpo!

Prácticamente a gatas, y sin dejar de toser como caballos, los tipos alcanzaron la puerta, molidos a golpes de bate y de cadena.

Rocky no traspasó el umbral del taller, permitiendo que los individuos se pusieran en pie, con mucha dificultad, y se alejaran dando tumbos, como si estuvieran borrachos.

* * *

Gopher Jaeckel, que había vuelto a salir, encontró a Rocky Darrow con el torso desnudo cuando regresó. Se había bajado el mono hasta la cintura, para atenderse el golpe que recibiera en el costado.

—¿A qué viene ese número de *strip-tease*, Rocky...? —exclamó, sorprendido.

—Me han dicho que lo pagan muy bien, y estoy ensayando —respondió el joven.

—¡Déjate de bromas!

Rocky le mostró la contusión que tenía en el costado izquierdo.

—Mire lo que tengo aquí, señor Jaeckel.

—¡Demonios, vaya golpe! ¿Con qué te lo has hecho...?

—Alguien me atizó con una cadena.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Un cliente, hace un momento, enfurecido porque la reparación que le hice a su coche tenía un pequeño fallo.

—¿Fallo...?

—Sí, en el pedal del freno. En vez de frenar, aceleraba.

Gopher desorbitó los ojos.

—¿Que el pedal del freno, aceleraba, dices...?

—Eso parece. El caso es que el tipo llevaba delante un camión de mudanzas, el camión frenó, el cliente quiso frenar también, y su coche se convirtió en un Fórmula-1, estrellándose contra el camión de mudanzas.

—¿No pisaría el acelerador en vez del freno, por equivocación...?

—Eso le dije yo, y fue cuando me atizó con la cadena.

—¡Qué bestia!

—Un salvaje, sí.

—¿Y tú no le devolviste el golpe...?

Darrow sonrió resignadamente.

—El cliente siempre tiene razón. ¿No es eso lo que usted suele decirme, señor Jaeckel...?

—Hombre, sí, pero todo tiene un límite... —carraspeó Gopher.

—No se preocupe, señor Gopher. No es un golpe serio.

—Pues yo no veo que se ría.

Darrow soltó una carcajada.

—¡Muy bueno, señor Jaeckel!

El propietario del taller iba a responder, cuando descubrió algo en el suelo que le llamó la atención.

—¿Qué diablos es esto...?

—¿El qué?

Gopher se agachó y recogió lo que había visto.

—¡Es un perdigón! ¡Y hay más esparcidos por el suelo!

Rocky tosió.

—Se le cayeron al tipo del bolsillo, señor Jaeckel.

—Aficionado a la caza, ¿eh?

—Eso parece.

—Y al béisbol también, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Allí hay un bate.

—Diablos, se lo dejó olvidado.

—Es raro que no te golpeará con él, Rocky.

—Prefirió la cadena.

—Si el tipo vuelve por el bate, tienes mi permiso para rompérselo en la cabeza, Rocky.

—¿De veras, señor Jaeckel?

—Sí, atízale duro.

—Lo haré, señor Jaeckel. ¡Ya lo creo que lo haré! —respondió el joven, riendo.

Capítulo XII

CON la misma puntualidad que el día anterior, Rocky Darrow acudió a su cita con Sharon Curtis, a la que en esta ocasión no tuvo que esperar, pues la muchacha se encontraba ya allí.

—Hoy no me he retrasado, ¿eh, Rocky?

—No, has llegado antes que yo —sonrió Darrow, abarcándote por la cintura.

—¿Qué haces...?

—Quiero besarte.

—¿En plena calle...?

—Me gusta que la gente me envidie —respondió Rocky, y la besó con ganas.

Sharon se dejó besar y abrazar.

Rocky sintió un pinchazo en el costado izquierdo cuando estrechó el cuerpo de la joven, pero no le importó. El premio era tan bueno, que valía la pena sufrir un poco.

Cuando separaron sus bocas, Sharon dijo:

—Vaya beso, campeón.

—Me hubiera gustado besarte y abrazarte así en el taller, pero como iba sucio de grasa, me quedé con las ganas.

—Ya has visto cumplido tu deseo, pues.

—¿Lo repetimos, Sharon?

—La noche es larga, Rocky.

—¿Quieres decir qué...?

—No he querido decir nada. Anda, subamos al coche. Y conduce tú, por favor.

—¿Estás cansada?

—No, pero prefiero que tengas las manos ocupadas.

Darrow rió y dijo:

—Está bien, yo conduciré. Pero te advierto que sé dominar perfectamente el volante con una sola mano.

—¡Estoy perdida, pues! —exclamó Sharon, y dejó oír también su risa.

* * *

Ya estaban cenando en el restaurante.

Sharon preguntó:

—¿Has tenido un día tranquilo, Rocky?

—No del todo.

—Cuéntame.

—Esta mañana recibí la visita de los amigos de Larry *el Zurdo*.

—¡Oh, no!

—Tranquilízate, les di una buena lección a los tres.

—¿Qué pasó, Rocky?

Darrow le dio los detalles, omitiendo que el tipo que esgrimía la cadena consiguió alcanzarle una vez en el costado.

Al oír lo de los perdigones, Sharon no pudo contener la risa.

—¡Me hubiera gustado verlo, Rocky!

—Fue muy divertido, sí.

—¿Crees que los tipos volverán?

—No, seguro que no. Les demostré que sé defenderme, y recibieron los tres un castigo muy duro. No querrán arriesgarse a que les propine una nueva paliza.

—Quizá Larry *el Zurdo* envíe a otros.

—No debes preocuparte por mí, Sharon. Vengo tratando desde hace años a esa gentuza, y sé cómo hacerlo. Además, tengo un amigo policía, y si las cosas se ponen demasiado feas, recurriré a él. Me ha sacado de apuros en más de una ocasión.

—Eso es muy interesante, Rocky.

Darrow bajo la mirada hasta el escote de la muchacha.

—Más interesante es lo que yo estoy pensando, Sharon.

Ella rió.

—¡Sigue cenando, campeón!

* * *

De nuevo en el coche, Sharon Curtis sugirió:

—¿Me llevas a tu apartamento, Rocky...?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Hay dos mujeres esperándome en él.

—Desnudas y metidas en la cama, ¿no?

—Eso es.

La joven se echó a reír.

—Esta noche no me harás enfadar, Rocky.

—Ya sé que no —sonrió Darrow.

—Vamos, llévame a tu apartamento. Me apetece tomar una copa.

—¿Por qué no la tomamos en el tuyo?

—Prefiero que sea en tu casa, Rocky. Otra noche iremos a la mía, ¿de acuerdo?

—No.

Sharon se puso seria.

—¿Qué te pasa, Rocky? ¿Por qué no quieres llevarme a tu apartamento?

—Hay dos mujeres en él, ya te lo he dicho.

—Pero eso no es más que una broma.

—No es una broma, Sharon.

La joven sonrió de nuevo.

—Está bien, admitamos que es cierto que hay dos mujeres en tu apartamento, sin ninguna ropa y metidas en la cama. Anoche también estaban, y tú sí querías que subiera a tomar una copa...

—Yo no sabía que estaban, Sharon.

—Te estás poniendo pesado con tu broma, ¿sabes?

—No es una broma, te lo repito.

—¿Qué es lo que quieres, que me ponga furiosa otra vez?

—No me gustaría, créeme.

—Entonces, llévame a tu apartamento. Ahora mismo.

—¿Quieres conocer a Agatha y Fedra?

—¿Se llaman así?

—Sí, ésos son sus nombres.

—Pon el coche en marcha, Rocky.

—Muy bien —suspiró Darrow, e hizo que el Ford arrancara.

* * *

No habían cambiado una sola palabra por el camino.

Rocky Darrow detuvo el coche frente a su casa y preguntó:

—¿Insistes en subir, Sharon?

—Desde luego —respondió la muchacha, y descendió del Ford.

Rocky salió también del automóvil y se introdujeron los dos en el portal. Empezaron a subir las escaleras.

—Este es —dijo el campeón de billar, señalando su apartamento.

—Abre —indicó Sharon, seria.

Rocky extrajo la llave, la introdujo en la cerradura, y la hizo girar, empujando seguidamente la puerta.

—Pasa, Sharon.

La joven penetró en el apartamento.

Rocky entró también y cerró la puerta, procurando no hacer ruido.

—Seguramente estarán dormidas —explicó.

—¿Tan pronto?

—En cuanto las veas, sabrás por qué. Ven, Sharon —rogó Darrow, cogiéndola de la mano.

Ella estuvo a punto de soltarse con brusquedad, pero cambió de idea y se dejó llevar por Rocky, quien la condujo a su habitación. La puerta estaba cerrada.

La luz del dormitorio estaba encendida, pero Agatha y Fedra dormían plácidamente, cubiertas con la sábana hasta la altura del busto.

Rocky acabó de abrir la puerta, entró en la habitación, a hizo entrar también a Sharon. Esta, al comprobar que era cierto que dos mujeres aguardaban a Rocky en la cama, aparentemente desnudas, montó en cólera.

Antes de que estallara, Darrow cogió la sábana y la retiró suavemente, para no despertar a las prostitutas.

Sharon ahogó un grito al ver que los cuerpos desnudos de las dos mujeres estaban llenos de terribles señales de golpes.

—Dios mío... —musitó, estremecida.

Rocky cubrió nuevamente a las prostitutas con la sábana, cogió a Sharon del brazo, y la sacó de la habitación, cerrando la puerta.

—¿Qué les pasó, Rocky...? —preguntó la muchacha.

—El negro a quien gané al billar las azotó anoche con su cinturón, después de haberse divertido con ellas junto con un par de amigos. Las humillaron, obligándolas a hacer las cosas más bajas. Y todo porque, hace dos noches, Agatha y Fedra pasaron la noche conmigo.

—Entonces, era cierto...

—Sí, estuve de juerga con esas chicas hace un par de noches. Anoche, cuando tú y yo nos separamos, subí y me las encontré en mi habitación, acostadas en mi cama, desnudas, llenas de golpes... Me contaron lo que había sucedido. Yo las atendí, y luego fui en busca del negro. Le di una tremenda paliza. Después, la policía se hizo cargo de él y de sus dos amigos. Agatha y Fedra no tienen a nadie. Por eso cuido yo de ellas. Permanecerán en mi apartamento hasta que se restablezcan. Son dos buenas chicas, créeme.

Sharon Curtis no hizo ningún comentario.

Rocky Darrow la cogió suavemente por los hombros.

—¿Sigues enfadada, Sharon?

—No lo sé.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí, será lo mejor.

—Vamos«

Caminaron hacia la puerta.

Al abrirla, se encontraron con dos hombres.
Esgrimían revólveres provistos de silenciador.
Y les apuntaron con ellos.

Capítulo XIII

UNO de los tipos tenía una fea cicatriz en la mejilla derecha.

Rocky Darrow lo había visto alguna vez en los billares de Larry *el Zurdo*, lo mismo que al otro individuo, que tenía la cara aplastada como un ladrillo.

Estaba claro, pues, que los había enviado el bastardo de Larry.

Sharon Curtis, que había palidecido, apretó fuertemente la mano del campeón de billar y musitó:

—Rocky...

Y es que pensaba que los tipos iban a dispararles a quemarropa.

A liquidarlos allí mismo a los dos.

Rocky también lo pensó.

Sin embargo, los individuos no apretaron el gatillo.

El que tenía la fea cicatriz en la mejilla, indicó:

—Salid.

Rocky y Sharon cruzaron la puerta del apartamento.

El otro sujeto la cerró.

—Abajo —ordenó el de la cicatriz.

Sharon y Rocky descendieron las escaleras, apuntados por los revólveres que esgrimían los tipos.

Una vez en la calle, fueron obligados a entrar en el Ford de la muchacha. Rocky, en el asiento delantero, frente al volante, y Sharon en el trasero.

El fulano de la cicatriz se sentó junto a Rocky, mientras que Cara Aplastada lo hizo al lado de Sharon.

—Pon el coche en marcha —indicó el primero al campeón de billar.

Darrow obedeció y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A los billares de Larry *el Zurdo*.

Sharon Curtis tuvo un claro estremecimiento al oír mencionar a Larry *el Zurdo*, pues no olvidaba que ella, la noche pasada, le hizo mucho daño al incrustarle la rodilla entre los muslos, y era lógico pensar que Larry deseara vengarse.

Y la venganza podía ser terrible.

Rocky Darrow hubiera querido intentar algo por el camino, pero no le fue posible. El tipo de la cicatriz no dejó de encañonarle ni un solo segundo con su revólver.

Y, aunque hubiera podido sorprenderle, estaba el otro individuo, que tampoco dejaba de apuntar a Sharon Curtis con su arma.

Los billares de Larry *el Zurdo* tenían una entrada trasera, que daba a un estrecho callejón, en el que se veían cajas y cubos de desperdicios.

Rocky y Sharon fueron obligados a entrar en el local por esa puerta, siempre encañonados por la pareja de matones, que los llevaron al despacho de Larry *el Zurdo*. Este los esperaba en su sillón, al otro lado de la mesa, fumando un largo cigarro. Al ver entrar a Rocky y Sharon, sus ojos brillaron con fuerza.

—Los atrapasteis a los dos, ¿eh? —dijo, sonriendo ligeramente.

—Sí, en el apartamento de Rocky —informó el tipo de la cicatriz en la mejilla.

—¿Os dieron trabajo?

—Ninguno.

—Fue muy sencillo, Larry —sonrió Cara Aplastada.

El Zurdo se puso en pie, lentamente, y en su rostro hubo una contracción de sufrimiento. —Todavía me duelen los genitales, ¿sabes, rubia? —masculló.

—Si no me hubiera agarrado del pelo... —repuso Sharon.

—Me habías triturado los dedos de ambos pies, y estuviste a punto de sacarme el taco de billar por la espalda.

—Porque usted quiso tocarme y abofetearme.

—Eres una zorra, rubia, y vas a lamentar todo lo que me hiciste. Y tú también me las vas a pagar, Rocky.

—Haz conmigo lo que quieras, pero a ella no la roces siquiera porque te parto la cabeza —respondió fríamente Darrow.

Los ojos de Larry *el Zurdo* chisporrotearon de furia.

—¿Te atreves a amenazarme, estando encañonado por dos pistolas...?

—Ni cien balas me impedirían alcanzarte y acabar contigo, te lo aseguro.

—¡Atizadle! —rugió Larry.

Los matones golpearon duramente al joven, quien se derrumbó, dando un grito de dolor.

—¡Rocky! —chilló Sharon.

El campeón de billar quedó tirado en el suelo, sin fuerzas para

levantarse.

Eso parecía, al menos, aunque la verdad es que ni siquiera lo intentó. Y es que no le convenía, porque los matones le golpearían de nuevo, y si perdía el conocimiento, no podría defender a Sharon.

Larry *el Zurdo* sonrió, satisfecho, e indicó:

—Desnudad a la chica.

—¡No! —gritó Sharon, aterrorizada.

Los tipos saltaron sobre ella, le arrancaron el vestido, y la dejaron en pantaloncitos, porque Sharon no llevaba sujetador...

La visión de los pechos desnudos de la muchacha excitó a Larry, quien salió de detrás de su mesa, caminando con las piernas separadas, para evitar el doloroso roce de sus muslos con su aparato genital.

—Que uno sujete a la chica, y el otro vigile a Rocky, por si intentara levantarse —indicó. El tipo de la cicatriz se hizo cargo en solitario de la atemorizada Sharon, y Cara Aplastada apuntó a Rocky con su revólver.

Darrow continuó tirado en el suelo.

Larry *el Zurdo* se llevó el cigarro a la boca y le dio una larga chupada, para que la brasa del puro alcanzara su máxima intensidad. Después, sonrió cruelmente y dijo:

—Voy a quemarte los pechos, rubia.

—No... ¡No...! —chilló desesperadamente Sharon, luchando por escapar de los fuertes brazos del tipo de la cicatriz, que la tenía cogida por detrás.

No lo consiguió, claro.

Larry *el Zurdo* no cometió el error de acercarse de frente a la muchacha, pues se hubiera ganado otro rodillazo entre los muslos. Lo hizo por su lado izquierdo, y le aproximó lentamente la brasa del cigarro al pezón del seno derecho.

—Ahora sabrás lo que es dolor, rubia.

La desnudez de Sharon había excitado también a los matones, y Cara Aplastada no quiso perderse el momento en que la brasa del puro tomara contacto con el pecho tembloroso y estremecido de la muchacha.

Rocky aprovechó la ligera distracción del tipo para brincar del suelo y saltar sobre él, con intención de arrebatarse el revólver,

—¡Cuidado! —rugió Larry.

El tipo de la cicatriz soltó a Sharon y disparó sobre Rocky, pero éste se cubrió el cuerpo con Cara Aplastada, en cuya espalda se incrustaron las dos balas.

Rocky se hizo con el arma de Cara Aplastada y respondió velozmente al fuego del fulano de la cicatriz, alcanzándole en el

pecho.

Larry *el Zurdo* había extraído una automática de su bolsillo, pero Rocky le vio y no le dio tiempo a apretar el gatillo.

Le envió dos balas.

Larry las recibió ambas en su caja torácica y se derrumbó, dando un alarido de muerte. Sharon fue hacia el campeón de billar y se abrazó fuertemente a él, sin importarle su desnudez.

—¡Rocky! —sollozó, presa del pánico todavía.

Darrow la rodeó cariñosamente con sus brazos y le acarició la suave espalda.

—Cálmate, Sharon. La pesadilla ha terminado.

EPILOGO

CUANDO la policía, avisada por Rocky Darrow, se personó en los billares de Larry *el Zurdo*, éste y los dos matones eran ya cadáveres, por lo que tuvieron que ser trasladados al Depósito.

Rocky y Sharon explicaron lo sucedido con todo detalle.

Después, el policía amigo de Rocky autorizó a éste y a Sharon Curtis a marcharse a sus casas, aunque por la mañana tendrían que personarse en la comisaría, para firmar sus respectivas declaraciones.

Rocky llevó a Sharon al apartamento de la muchacha.

Ella le miró a los ojos.

—¿Quieres subir, Rocky?

—Sabes que sí.

—Vamos, pues.

Salieron del Ford y subieron al apartamento de Sharon.

Minutos después, tomaban una copa, cómodamente sentados en el sofá del living.

—Aún tengo el susto metido en el cuerpo, ¿sabes? —confesó Sharon. —Afortunadamente, todo quedó en eso, en un susto —repuso Rocky.

—Gracias a ti. Interviniste en el instante justo, cuando ya el bestia de Larry se disponía a aplicarme la brasa del puro en el seno. Incluso llegué a percibir su calor.

—Pero no te quemó, ¿verdad?

—No.

—¿Me dejas que lo compruebe?

—No seas sinvergüenza.

—¿Continúas enfadada porque me divertí con Agatha y Fedra?

—Un poco.

—No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—Siguen en tu casa, Rocky.

—Pero ya viste en qué estado.

—Sí, pero cuando estén en condiciones de...

—Sólo deseo hacer el amor contigo, Sharon —aseguró Darrow, acariciándole suavemente las piernas.

—¿Nada más?

—¿Qué quieres decir?

—Si sólo deseas divertirte conmigo, o sientes algo más profundo por mí.

—Estoy enamorado de ti, si es eso lo que querías saber.

—¿Tanto como para desear casarte conmigo?

—Si tuviera ya mi propio taller de reparaciones de automóviles, te lo pediría esta misma noche. Pero mis ahorros aún andan por la mitad, aproximadamente.

—Yo puedo poner la otra mitad.

—¿Qué?

—También tengo algunos ahorros, ¿sabes?

—¿De verdad querrías...?

—Si, deseo ir a medias contigo en ese negocio.

—¿Y en el otro, el del matrimonio...?

—También. Pero pongo una condición, Rocky.

—¿Cuál?

—Tendrás que ganarme al billar, si quieres que sea tu esposa.

—¡Eso está hecho!

—¿Tan bueno te consideras?

—Soy el campeón, no lo olvides.

—Yo también soy una maestra con el taco, ya lo viste.

—Cierto. Pero yo soy un poquito mejor.

—Mañana lo sabremos. Iremos a casa de mi tío, y jugaremos la partida allí. Si me ganas, habrá boda; si pierdes, tendrás que buscarte a otra.

—Esa partida no puedo perderla. Será la más importante de mi vida.

—También para mí, así que si veo que no puedes conmigo, me dejaré ganar.

Rompieron a reír los dos.

Después, Rocky besó en los labios a Sharon.

Largamente.

Su mano seguía acariciando las piernas de la muchacha, pero pronto las abandonó para buscar el cierre del vestido. Tiró de él, y luego hizo bajar el vestido, descubriendo los tentadores senos de Sharon, que seguidamente contempló.

—Tus pechos son muy hermosos, Sharon... —dijo, acariciándolos.

—De no ser por ti, ahora estarían llenos de quemaduras —recordó ella.

—Están en deuda conmigo, pues.

—Desde luego.

—¿Son unos pechos agradecidos?

—Mucho.

—Entonces, no les molestará que los bese.

—Lo están deseando, te lo aseguro.

—No debo hacerlos esperar, pues —rió Rocky, y cubrió de besos los turgentes senos de Sharon.

Ella rió también y le rodeó la cabeza con sus brazos.

—¡Te quiero, campeón!

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

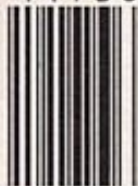
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España